PQ
6575
.C8

THE LIBRARY OF CONGRESS
1800

Glass PQ6575
Book .C8

224
2152

UN

CUENTO DE AMORES.

PQ6575
.C8

334361
29

INTRODUCCION.

Mas allá de Vellodrigo
Y mas acá de Celada,
Yendo de Madrid á Burgos,
Desde el camino se alcanza
Una legua tierra adentro
Cierta iglesia solitaria
Sobre un cerro, y que parece
Pobre ermita abandonada.
Mas no es así: pues del cerro
En la contrapuesta falda,
Y entre otros muchos cerrillos
Que el terreno desigualan,
Hay tendido un pueblecito
Que se esconde á las miradas,
Mas cuyo fecundo seno
Tesoros avaro guarda.
Su nombre es harto poético.

Aunque no está en ningun mapa
Ni se lee en ninguna historia:
Villaldemiro le llaman.
Anchos arroyos le cruzan,
Con cuyas parleras aguas
Reverdecen las laderas
Sus montañúelas enanas;
Y á la salida del pueblo
Entre la espesa enramada,
De un bosquecillo de sáuces
Que en los arroyos se bañan
Y de algunos cientos de olmos
Que sobre ellos se levantan,
Yacen de un viejo palacio
Las enmohecidas tapias.
Palacio fué: en los dinteles
De sus roidas portadas
Conserva, aunque ya borrados,
Sus nobles escudos de armas.
Y en los severos contornos
De su destruida fábrica
Se vé la forma que Herrera
A sus edificios daba.
Las cuatro cuadradas torres
Ya de sus ángulos faltan,
Y tejas cubren los techos
Que cubrieron las pizarras.
Rotas maderas ocupan
Los huecos de las ventanas

Que ocuparon algun dia
Bellas vidrieras pintadas.
Tras ella cuelgan sus telas
Las cazadoras arañas,
Donde sin duda otro tiempo
Ricos tapices colgaban.
Hoy sirven los aposentos
De graneros: sus labradas
Techumbres son el asilo
De las golondrinas: lavan
Sus ropas en el estanque
De su parque las zagalas;
Y en las yerbas, que á las flores
Que dió algun dia reemplazan.
Se apacentan las ovejas
Y los pastores descansan.
En vez de amantes endechas
Cantadas al son de un harpa,
Se oyen al de un caramillo
Las campesinas tonadas.
Mas todavía el viagero
Y el vago artista, que pasan
Por junto al viejo edificio,
A contemplarle se paran.
Y aunque de feudal grandeza
No escita memorias altas,
Ni bien del decimo-sétimo
Siglo, la noble arrogancia,
Casi recuerda los ojos,

Aun con placer lo repasan.
Aun del pintor y el poeta
En las pensadoras almas
Gratas ideas escita
Que deleitan si no encantan.
Aun queda un vago misterio
Entre sus viejas murallas
Que anima dulces memorias
De edades mejor pasadas.
Y aun puede dar este valle
Y este abandonado alcázar
Risueño paisage á un lienzo
Y á un libro leyenda grata.
Yo, pues, aunque escaso en númen
Y pobre asáz en palabras,
Gusto de añejas historias
Y hallo placer en contarlas,
Por los puntos de mi pluma
A estender sobre estas páginas
Voy una historia de amores:
Que si á escribirla alcanzara
Como yo me la imagino
Bien valiera el escucharla.
Es una historia sencilla,
De la centuria pasada,
Del tiempo de don Felipe
De Borbon, quinto en España.
Cuádro tranquilo y risueño
Que á pedazos se engalana

Con flores que en el paisage
La poesía derrama.
Historia que no anhelando
Volar por regiones altas,
De la rastrera paloma
Se contenta con las alas:
Y no aspirando á elevarse
Con el soplo de la fama
Se dará por muy servida
Si, en un libro encuadernada,
Sirve tal vez del invierno
En noche aterida y larga
Para entretener un punto
A alguna doncella cándida,
O algun hastiado viejo
O tal vez, si es que á ser tanta
Alcanzase mi fortuna,
A alguna elegante dama
Que con su lectura olvide
De algun galan la tardanza.

CAPITULO I.

Próximo el sol á su ocaso,
Y entre cárdenos celages
Y nubes de oro y de púrpura
Amagando ya ocultarse,
Vertia en rayos oblícuos
La tibia luz de la tarde
Por los cerros que aprisionan
De Villaldemiro el valle.
La sombra del montecillo
A cuyo pie el pueblo yace ,
Se iba haciendo , aunque no apriesa ,
Cada momento mas grande.
Y ya del ástro del dia
Los postrimeros raudales
De luz , doraban apenas
Las puntas de algunos árboles ,
Desde cuyo alto y espeso

Y ameno y fresco follage ,
Le despedian con trinos
Y con gorgeos las aves.
El aura que mansamente
Oreaba sus ramages ,
Mecia las verdes hojas
Con armonia agradable.
Del pastor que recogia
Su ganado , encaminándose
A su aprisco , se escuchaban
A lo lejos los cantares ;
Y el cencerro de los mansos
Con su son ronco y salvaje ;
El ladrido de los perros
De los rebaños guardianes ;
La voz de los labradores
Que tornan de sus afanes
Platicando , ó con sus voces
Alarmando sus hogares ,
Y avisando á sus hijuelos ,
Que al confin del pueblo salen ;
El son de los esquilones
Que á las oraciones tañen,
Con el agudo repique
Que lento propaga el aire ;
El humo que en él se pierde
Escapando en espirales
Por los huecos que en las chozas
Vez de chimeneas hacen ,

Cuyos vapores azules ,
Con el sol trasparentándose ,
Formas fantásticas toman
Cuando en su luz se deshacen ;
Y el color cárdeno y rosa
Que de ocaso derramándose
Al empezar el crepúsculo
Refleja por todas partes
De la tierra que abandona ,
A este campestre paisage
Dan armonia tranquila
Y tono halagüeño y suave.
Sumióse completamente
El sol , y el fanal errante
De la luna en su creciente
Fué poco á poco animándose.
El aun incompleto círculo
De su misteriosa imágen
Se reflejó poco á poco
En las aguas del estanque.
Se alzó la nocturna brisa ,
Y el aura purificándose ,
Con su soplo hizo á las flores
Abrir un punto los cálices.
Brotó su escondido aroma ,
Y en el aura derramándose ,
Con campesino perfume
Llenó el pintoresco valle.
De esta manera , una noche

Del mes de mayo empezándose,
Y la cual es el principio
De la accion de mi romance,
Por el estrecho sendero
Que del Palacio delante
Pasa, y cruzando el sotillo
De melancólicos sauces
Que le cerca, baja á espacio
Forastero caminante,
Ginete en un potro negro
Y hácia el lugar acercándose...
A la puerta del Palacio
Que sobre la senda cae,
Una muger en silencio
Le contempla aproximarse.
Bajó el viajero la cuesta
Y el bruto, en lo llano hallándose,
Alzó relinchando el trote
Mostrando su noble sangre,
Y entró por bajo los olmos
Con tan poderoso arranque,
Que el prudente caballero
Tuvo al fin que refrenarle.
Llegó en esto del palacio
Ante la puerta, y mirándose
Frente á la muger, que en ella
Seguia inmoble mirándole,
La dijo en tono cortés
Ligeramente inclinándose:

VAL.
CUDERCH

—« ¿Podeis hacerme merced,
Buena muger, de indicarme
Alguna casa en que quieran
Por esta noche hospedarme? »
La muger que continuaba
A sombra de los umbrales
Casi oculta, y sus facciones
Sin que percibir dejase,
Le respondió, con atenta
Voz: «no será eso muy fácil,
Señor caballero: el pueblo
No tiene para hospedage
Posada alguna, no siendo
Jornada á ninguna parte.»
—« Flor » dijo adentro una voz;
Y ella dijo: —« Aquí estoy, padre. »
—« ¿Quién es? » preguntó el de adentro.
—« Un forastero. »
—« ¿Qué trae? »
—« Mucha fatiga, y un poco
De plata que acaso alcance
Para pagar de esta noche,
Si le encuentra, el hospedage. »
Esto dijo el caballero
Sobre las crines echándose
De su caballo al de adentro
Dirigiéndose y no en valde:
Pues á los pocos momentos,
Con un candil alumbrándose,

Salió al umbral de la puerta
Un anciano veñerable
Que le dijo, de hito en hito
Sin dejar de examinarle:
—«Caballero, pues por tal
Os dá vuestro porte y traje;
Aquí no hay posada alguna
Dó os admitan; mas si os place
Recuperar vuestras fuerzas
Para seguir vuestro viaje
En esta mansion humilde,
De cuanto en ella se hallare
Sirviéndoos, echad pié á tierra
Y entrad: mas dejando aparte
El dinero, que con oro
No se pagan voluntades.»
—«Quien quier que seais, anciano,
El cielo la vuestra os pague;
Que es generosa y la aprecio
En todo cuanto ella vale.»
Y asi diciendo el viajero
De su caballo apeándose,
Entró en la casa, el anciano
Hácia las cuadras guiándole.
Mostróle un pesebre y heno
Con que poder establarle,
Colgó el candil en un clavo,
Y al forastero acercándose,
A desensillar el potro

Comenzó atento á ayudarle.
Mas no era el recien llegado
Estraño á quehaceres tales,
Pues lo hizo tan fácilmente
Y en tan rápidos instantes
Que hizo que cortés el viejo
Su destreza celebrase.
Agradecióselo el mozo,
Mas sin dejar de ocuparse
De el potro que le era objeto
De minuciosos afanes.
Le hechó una traba á las manos
Porque no se maltratase;
Su doble capa en los lomos
El sudor para guardarle,
Y una palmada en el cuello
Cariñosamente dándole,
Volvióse al anciano huesped
Diciendo:—«cuando gustares.»
Echó adelante el anciano
Con el candil alumbrándole,
Y el viajero de la cuadra
Dió media vuelta á la llave.
Relinchó el caballo: el dueño
Dijo alto: ¡quieto, Brillante!
Y tomó la ancha escalera,
En el palacio internándose.

CAPITULO II.

Despues que hubieron cruzado
Por tres solitarias piezas
Que en los dueños de la casa
Acusaban indigencia,
Pues adornos no se vian
Ni aun casi muebles en ellas;
Alumbrando al forastero
llegó el viejo ante una puerta,
A través de cuyos quicios
Se veia luz; y abriéndola
Ante el mozo: «entrad, le dijo»
Haciéndole reverencia.—
Entró el viajero en la estancia
Y halló en su centro una mesa
Como de labriegô franca,
Como de pobre modesta.

Limpio mantel la cubria,
Que aunque de trama grosera,
En su estremada blancura
A la nieve se asemeja.
Platos de vidriado barro,
Y cubiertos de madera,
Con vasos de asta la cubren
Y blanco pan que aun huméa.
Dos taburetes de roble
Y un gran sillon de baqueta
Ocupan entrambos lados
Y el sitio de cabecera:
Y una muchacha que cumple
Diez y siete años apenas,
De pié al lado del sillon,
Que el viejo se siente espera.
Mas éste hácia el caminante
La canecida cabeza
Tornando, de aquella silla
Le brindó la preferencia.
Ocupóla á su pesar
El forastero; á su diestra
Sentóse el viejo, y la niña
Tomó lugar á su izquierda.
Bendijo la mesa el viejo
Con breve oracion secreta,
Y á una voz de la muchacha
Entró un gayan con la cena.
Y como en toda la historia

Es esta la vez primera
Que juntos sus personages
Y con buena luz se encuentran,
Contemplémoslos despacio,
Mientra ellos tambien se enteran
Unos de otros en silencio
Antes de tomar franqueza.
El viejo es hombre robusto
Que aunque raya en los sesenta,
En su esterior todavía
Agil y sano se muestra:
Los años por él pasados,
Trabajos y acaso penas,
Han dejado en sus facciones
Largas é indelebles huellas.
Su ancha calva, y de su barba
Las lácias y blancas hebras;
Las arrugas de su frente
Despejada, alta y serena;
Las miradas de sus ojos
Donde clara reverbera
La calma de la honradez,
La luz de la inteligencia;
Sus palabras comedidas
Y sus muy graves maneras,
Reclaman en favor suyo
El respeto y deferencia.
Y aunque entre toscos ropages
Su noble persona envuelta,

Al través del burdo paño
Algo de grande revela.
El forastero es un mozo
Que años veinticinco cuenta;
Con un semblante espresivo
Y una gallarda presencia.
Sus negros ojos que brillan
Bajo sus arqueadas cejas;
Su frente tranquila y ancha,
Su nariz algo aguileña,
Su boca algo desdeñosa,
Y su tez algo morena,
En él fácilmente acusan
La osadía y la nobleza.
Sus blancas manos, su riza
Y cuidada cabellera,
Su bien cincelado estoque
Y una riquísima piedra
Que en un primoroso anillo
Engastada, al dedo lleva,
Prolijamente declaran
Su noble sangre y riqueza.
La muchacha que á su lado
Y frente al viejo se sienta
Es una rosa de abril,
Llena de aroma y belleza;
Es un lucero humanado,
Un ángel sobre la tierra,
Como en sus versos amantes

Suelen decir los poetas.
Sus negros ojos que adornan
Largas pestañas espesas
Cuya sombra se dibuja
En su tez rosada y fresca;
El delicado contorno
De su virginal cabeza,
En que de negros cabellos
Cuida dos ricas madejas
Que en su vértice recoge
En dos abultadas trenzas:
La sonrisa imperceptible
Que en sus labios juguetea:
Su cuello, en cuya piel suave
Y blanca, se transparenta
El puro azúl enramado
De sus delicadas venas;
Y la espresion peregrina
De candidez y modestia
Derramada en sus facciones
Y en sus modales, demuestra
Que no es su fina hermosura
Hija de tan pobre aldea.
Ni flor tan pura han podido
Crear aquellas laderas.
Tales son los personages
Que toman parte en la escena
De esta historia, y que trabaron
Plática de esta manera.

El Viejo

¿Con que solo? ¿Y dónde bueno?
Si no es pregunta indiscreta.

El Forastero.

Sin cierto rumbo camino;
Donde me arrastra mi estrella
Voy, pues me es indiferente
Cualquier lugar de la tierra.
De uno he salido en el cual
A disgusto mi existencia
Se arrastraba, y fuera de éste
Viviré en paz en cualquiera.
Y aunque en el lugar que dejo,
Personas y cosas quedan
Que amo mucho, han de pasarse
Años antes de mi vuelta.

El Viejo.

Pesares ó fantasías
Veo ¡oh jóven! que os aquejan,
Que quereis en vuestro pecho
Guardar. Mas enhorabuena
Y en paz sea dicho, y oidme
Sin que con esto os ofenda.
El mundo engaña á los jóvenes
Con muy sutiles quimeras,
Y tal vez con algun sueño
Vuestra mente se enagena.
Continuamente en la vida
Viento revoltoso reina

Que á lo que á una vuelta ensalza
Lo derriba en otra vuelta.
Y hay ideas que los mozos
En su corazon engendran
Con pretension de montañas
Y son granillos de arena.
Mirad pues atentamente
Lo que vais á hacer, no sea
Que de la arenilla huyendo
Tropeceis en rudas peñas.

El Forastero.

Comprendo y estimo en mucho,
Señor, las palabras vuestras,
Pues fácilmente se dan
Por hijas de la esperiencia.
Mi alma, aunque en cuerpo de mozo,
Escucha siempre y respeta
De la sábia ancianidad
Las palabras y prudencia.
Mas no habeis dado en el blanco:
Mi alma de pasion agena
Tras quiméricos fantasmas
Desatinada no vuela.
Y porque en fin no creais
Que son necias mis respuestas,
Y vuestro consejo escuso,
Os relataré completa
Mi historia en breves palabras
Y me juzgareis por ella.—

EL VIEJO.

Antes de que la empezeis,
Tomad, caballero, en cuenta
Que yo no os la he demandado,
Y que tal como ella sea,
Vais á confiarla á personas
A quien conoceis apenas

EL FORASTERO.

No olvideis tampoco vos
Que pues sin saber la vuestra
Voy á fiaros mi historia,
No es cosa que me avergüenza.—
Hácia vos, señor, me atrae
Simpática deferencia,
Y sé que no abusareis
De lo que os fie mi lengua.

EL VIEJO.

No á fé: mas tal vez...

EL FORASTERO.

Señor:
Si los rastros que reflejan
Vuestra alma en vuestro semblante
Y que hoy á tal confidencia
Me impelen, son engañosos,
No hay verdad sobre la tierra.—
Hablaré, por mil razones:
Por ver lo que me aconseja
La vuestra; por si tal vez
Vuestra voz alivio presta

A mis cuitas, y á lo menos
Por mis recuerdos siquiera.

El Viejo.

Yo os agradezco, buen jóven,
Vuestra urbanidad atenta,
Y haré á vuestra simpatía
La justa correspondencia.—
Diciendo asi, á la muchacha
Con imperceptible seña
Mandó el viejo retirarse:
Y abandonando la mesa,
Con un gracioso saludo
Salió cerrando la puerta.
Quedó un momento el viajero
Sus claveteadas maderas
Contemplando, cual si aun
A través pudiese verla.
Sonrióse el viejo, entendiendo
Por su espresion sus ideas;
Y echando en los vasos de asta
El licor de una botella,
Dijo: «os escucho» y el otro
Empezó de esta manera.
Familia de ilustre sangre
Entre los nombres asienta
De sus varones el mio:
Y harto sobrada de hacienda,
Y harto colmada de honores,
De España es de las primeras.

Mis padres viven: si tienen
Mas virtudes que flaquezas,
Pues su hijo soy, no me toca
Tacharlas ni encarecerlas.
A Francia, que en ciencias y artes
Es hoy de Europa academia,
Y á donde gloriosamente
El rey Luis catorce impera,
Me enviaron á que cursase
Sus mas célebres escuelas,
En que adquirí yo opiniones
Que hoy mantengo con firmeza.
Fatigaron mi cerebro
Escolásticas taréas,
Y desengaños y azares
Avanzaron mi esperiencia.
Portéme como español
En seis años que en aquella
Corte estuve: estudié mucho,
Reñí poco, que fué prueba
De juicio, porque en verdad
Sangre ardiente y estrangera
Do quiera en aquel pais
Halla sazon de contienda.
Por fin, con nombre sin tacha,
Y harto atestado de letras,
Dí vuelta á España, y al techo
De mi mansion solariega
Recibiéronme mis padres

Con las caricias mas tiernas,
Y el rey me admitió al servicio
De su persona. Mis rentas
Me daban lujo; lo noble
De mi alcurnia, y mi opulencia
Me dió muchos envidiosos,
Mas tambien fortuna inmensa:
Mis estudios y mis viages
Y mi educacion francesa,
Y mis trages á la moda,
Y mi suerte al fin, con llenas
Manos sobre mí vertian
Dichas y venturas: y era
Del rey casi el favorito
Y el mimo de la grandeza.
Mi padre al ver mi fortuna
Se decidió á no perderla,
Y se ingenió de tal modo,
Que logró que una princesa
De sangre real, me otorgára
Su mano con real licencia.
Infanta es, y hermosa acaso;
Mas aunque con sangre regia
Emparentar siempre es honra,
Tal vanidad no me tienta.
Mi pensamiento es distinto
Y mi opinion bien diversa,
Y en las horas solitarias
En que á los hombres desvelan

Afanes del porvenir,
Y con lo futuro sueñan,
Soñaba auroras de dicha
En menos sublime esfera,
Y á costa de mi ventura
No anhelé tamaña alteza.
Yo ansié con una mujer
Mas virtuosa que bella,
Mas amorosa que rica,
Y mas casta que princesa;
Partir mi amor respetuoso
Mi favor y mi opulencia
Si quier sus solas virtudes
Al matrimonio tragera.
Ví, pues, que iba hacerme esclavo
En vez de esposo: con fuerzas
No me hallé para hacer á otro
De mi libertad ofrenda,
Y me negué á tal enlace
Y enojé á mi parentela.
Montó en cólera mi padre,
Vino mi familia entera
Sobre mí, cual si ello fuese
Causa de alguna vergüenza.
Todos sus futuros planes
Viendo fallidos, con terca
Tenacidad se empeñaron
En probarme la escelencia
De tan ventajoso enlace,

Y en rendir mi resistencia.
Mas en vano, pues cansado
De sus disputas eternas,
De la furia de mi padre
Que en no escucharme se cierra,
Y decidido á no ser
De este afan víctima nécia;
Dispuse secretamente
De una parte de mi herencia;
Tomé un caballo una noche,
Y de la córte, y paterna
Casa, me ausenté discreto
Para dar trecho á que venza
El tiempo, tal vanidad
Y la razon tal demencia.
Esta es mi historia, señor,
Esta es tambien la postrera
Resolucion que he tomado
De mi porvenir acerca.
Mi posicion, mi fortuna,
La avanzada edad que pesa
Sobre mis padres, en fin,
Exigen que me establezca.
Mas rico soy, y no busco
Muger que doble mis rentas;
Soy noble y poco me importa
Que mi muger sea plebeya:
Muger virtuosa quiero,
Pura, religiosa y tierna,

Consuelo en la adversidad,
Y en la dicha compañera.
Muger quiero que aunque se haya
Educado en la pobreza,
El alcázar de su honor
Con fé y conviccion defienda;
Mujer quiero que cumplir
Sus obligaciones sepa,
Para mí y para mis hijos
Casta esposa y madre buena.
Tal la quiero: y pues en esto
Todo el porvenir se arriesga,
Y de esta eleccion depende
La fortuna venidera,
Si tal no la hallo, la vida
Asi en soledad perpétua
Pasaré, si quier me hereden
Quienes mi nombre no tengan.

El viejo.

Por Dios que os honran, mancebo,
Opiniones tan opuestas,
A las que ahora en el mundo
Por los hombres se profesan.
Bien haya los buenos años
Dedicados á las ciencias
Que os han puesto el corazon
En opiniones tan rectas.

El forastero.

Dejad buen viejo, por Dios,

Alabanzas que no aciertan
A dorar la oscura mancha
Que mi conducta sombrea,
De abandonar mis hogares
Aunque preciso lo sienta.

EL VIEJO.

No os lo abonaré yo nunca,
Mas siempre con indulgencia
Veré á quien su honor estima
Mas que el oro y las grandezas.
Y al fin mirándolo bien,
Tal vez disculpa merezca,
Pues pende del matrimonio
Aun la salvacion eterna.

EL FORASTERO.

Quédese aquí.

EL VIEJO.

Aquí se quede;
Mas para que no os parezca
Que correspondo mezquino
A la confianza vuestra,
Os diré en cuatro palabras
mi historia.

EL FORASTERO.

Jamás hubiera
Osado sobre ella haceros
Pregunta alguna indiscreta;
Mas os confieso en verdad
Que os oiré con complacencia.

El viejo.

Os comprendo; habeis notado
Que hay en mí cierta estrañeza,
Que con mi ser de labriego
Casa mal y se despega:
Y acaso me hayais tenido
Por algun noble que encierra
En esta vetusta fábrica
Vida de misterios llena,
Mas no: mi historia es sencilla
Y de asombros tan agena,
Que os parecerá monótona;
Mas donde os canse se deja.
Y aquí cruzando los brazos
Y apoyándose en la mesa
El jóven, y en el anciano
Fijando mirada atenta;
Brillando la calma en esta
Y en el otro la impaciencia,
Comenzaron á escuchar
Y á decir de esta manera.

CAPITULO III.

Insomnio.

I.

Nací de hidalga familia,
Mas no de tan noble orígen
Que deba hoy llorar el verme
En condicion tan humilde.
Marino en mi juventud,
Perdí sus buenos abriles
Errando sobre los mares
Que á la culta Europa ciñen.
Serví con honra á mis reyes
En los lejanos paises
Donde me arrojó mi estrella
O la fuerza irresistible
De los vientos, que me echaron
A muy remotos confines.
Una horrorosa borrasca

Estrelló contra las Sirtes
Una noche nuestra nave.
¡Qué noche! á un mastil asime,
Y con las ondas luchando,
Defendí la vida triste
Que creí que me restaba
Con esfuerzos increibles.
Recogióme una fragata
De ingleses, y que avenirme
Tuve á navegar con ellos
Hasta las playas de Chile.
Un rico español prendóse
De mí, y me empleó en servirle
En negocios de comercio;
Y tan bien sin duda lo hice,
Que quiso en haciendas suyas
Colono constituirme.
Conocí allí una muger
De las que en aquellos límites
Del mundo crian los cielos
Para que el sol las admire.
Me enamoró su hermosura,
Me correspondió, y unime
Con ella en sagrado nudo:
Y hénos aquí ya felices.
Vivimos así dos años,
Y al fin de ellos fué indecible
Mi placer al verme padre
De esa muchacha que vísteis

A vuestro lado esta noche.
Nació cuando imperceptibles
Los rayos del sol naciente
Con purpurinos matices
Teñian las verdes puntas
De las palmeras flexibles.
Nació en un dia de abril,
Cuando empezaba á cubrirse
El prado fértil de flores
Y las lagunas de cisnes:
Y en memoria de aquella alba,
Que haga Dios que nunca olvide,
Flor del Alba la llamaron;
Y el Dios que el fruto bendice
De un amor casto, ha querido
Que su nombre justifique
Su hermosura y su virtud,
Que con su beldad compite;
Mas como al fin en la tierra
Dicha completa no existe,
Su madre murió cuando ella
Cumplia los cinco abriles.
Sin ella aquel paraiso
Me fué destierro insufrible,
Mi hacienda carga enojosa,
Arido desierto Chile.
Devolvi, pues, sus terrenos
A aquel español insigne
A quien los debí; con oro

Quiso en vano seducirme:
En abandonar á América
Vió mi voluntad tan firme,
Que al fin me abrazó diciéndome:
«Vé en paz, y que Dios te guie.»
En oro me dió el valor
De mis bienes: conducirme
Quiso hasta uno de sus buques
Que me esperaba, y me hice
A la vela en él, trayendo
Mi hija y mis memorias tristes
A España, donde con mi oro
En la córte establecime.
Mas viendo que las delicias
De sus ruidosos festines
Y tumulto me aburrian
En lugar de divertirme,
Y que mi hija Flor crecia
En belleza, y que sutiles
Los ejemplos de la córte
Es fuerza al cabo que minen
La virtud de las mugeres,
Que no pueden eximirse
De las torpes seducciones
De juventud algo libre:
Compré á un marqués arruinado
Estos terrones, y vine
A gozar entre sus muros
La renta escasa que rinden

Cuatro tierras que he comprado
De estos valles en los lindes.
Aquí olvidado del mundo
Y en soledad apacible,
Habito con Flor-del-Alba
Las estancias que permite
Habitar este palacio,
Que amaga bien pronto hundirse;
Aunque no será tan presto
Que nuestros ojos lo miren.
Esta es mi historia completa,
Que á mi vez contaros quise
La vuestra para pagaros:
Y ahora, buen jóven, que oísteis
Lo que soy y lo que tengo,
Que os ofrezca permitidme
Lo que puedo y lo que valgo,
Si de algo todo ello os sirve.
Cama os mandé prevenir
Y aposento: si á él seguirme
Gustais, venid, que ya es tarde
Y acaso el cansancio os rinde.
Y así diciendo el anciano
Con halagüeño semblante,
Echó del jóven delante
Con una luz en la mano.
Y como el mozo veia
Que la franca esplicacion
De tan clara insinuacion

Oposicion no admitia ;
Dejó su cómodo asiento
Y se dispuso á seguir
Al viejo, hasta el aposento
Que le mandó prevenir.
Salieron, pues, de la estancia
El uno del otro en pos,
Perdiéndose así los dos
En la sombra y la distancia.

II.

Estaba el aposento destinado
Para el jóven viagero,
En un ángulo aislado
De aquel viejo edificio colocado.
Para llevar á él al caballero,
Cruzar el viejo le hizo
Uno tras otro cuarto abandonado,
Y uno tras otro oscuro pasadizo :
Por los cuales al ir notó el mancebo
El estado ruinoso en que se hallaba
La mansion que su huésped habitaba.
Las rotas ó gastadas escaleras,
Las empolvadas bóvedas sombrías,
Entre cuyas maderas
Se filtraban aun en gotas frías
De las pasadas lluvias las goteras;
Las doradas molduras,

Por la humedad y el polvo carcomidas;
Las puertas de mohosas cerraduras
No usadas largo tiempo, y derruidas
De su marco y dintel las esculturas:
Todo lo reparó; mientras callado
Su hospedador por ella le condujo,
Y aquella soledad y aislamiento
Mala impresion en su ánimo produjo,
Y aun en su corazon por un momento
Misteriosos recelos introdujo.
Dejóle en fin en su aposento solo
El venerable anciano,
Y toda idea de traicion ó dolo
Desechó al contemplar de su semblante
La candidez, y al estrechar la mano
Que le alargó al salir, dulce reposo
Deseándole atento y cariñoso.
El jóven, sin embargo,
Con precavido exámen, cauteloso,
Su cuarto registró por donde quiera
Que el pie pudo fijar, tender la mano
Y dar campo á los ojos: — todo era
Limpio allí, si no rico: blando lecho
Con mullido vellon y lienzos hecho.
Que grato olor á limpios exhalaban.
A dormir convidaban;
Y descendiendo en pliegues desde el techo,
Las ventanas y puertas adornaban
Blanquísimas cortinas,

Con gusto puestas, aunque no muy finas;
Toscos sitiales, perchas necesarias
A uso de quien se viste y se desnuda;
Encendida y templada lamparilla,
Todas, en fin, las fruslerias varias
Con que á un huésped ayuda
Una fina atencion, del buen anciano
Allí previno la oficiosa mano.
Abrió, pues, su maleta el caballero,
Y echando á un lado su empolvado trage
Y las botas de viage,
Cómoda bata se ciñó; su espada
Dejó á su lado diestro colocada,
Y en la cama metiéndose,
Largo sueño á gozar tranquilo y blando
Se dispuso en las ropas envolviéndose.
Pronto vagos delirios é ilusiones
Fantásticas se alzaron en su mente:
Vaporosas visiones
Que cerniéndose en alas invisibles
Bajan contínuamente,
Del pacífico sueño precursoras,
A derramar benéfico beleño
Sobre el mortal que siente en altas horas
Con silencioso pié venir al sueño.
Todos entonces en tropel callado
Los objetos que vimos en el dia
Toman cuerpo en la loca fantasía
Y en confuso monton desordenado,

Llenas de ligereza y poesía,
Revestidas de formas celestiales
Nos escitan ideas que adoramos
El sueño al conciliar, mas de las cuales
Jamás al despertar nos acordamos.
Mas entre estos delirios del insomnio
Que aduermen al cansado caballero,
Entre esta multitud de sombras leves
Precursoras del sueño verdadero;
Hay un bello fantasma mas visible,
Mucho mas vaporoso, mas ligero,
Que se acuerda amorosa y vagamente:
La encantadora imágen apacible
De otro viviente ser visto primero.
Y esta imágen purísima, alba y bella,
Que entre las pardas sombras del insomnio
Como lirio entre céspedes descuella,
Como entre zarzas purpurina rosa,
Como entre nubes rutilante estrella,
Como entre toscas y comunes aves
De real pavon la pintoresca pluma,
Cual régio buque entre pequeñas naves,
Como rayo de sol entre la bruma
De nebuloso lago: es la amorosa
Sombra de una muger cándida, hermosa,
A quien logró mirar tan solo un punto,
Cuya presencia saboreó un momento;
Mas cuyo bello y celestial trasunto
Indeleble conserva el pensamiento.

Y esa muger con quien despierto sueña,
Ese delirio que al dormirse adora,
Y cuya aparicion encantadora
El sueño de él en alejar empeña;
Esa muger cuya ilusion divina
Por rechazar de su memoria lucha,
Pero cuyo recuerdo le fascina,
Y á quien á su pesar mira y escucha:
Es *Flor del Alba* á quien á amar empieza,
Angel en su beldad, flor en pureza.

Así el amor callando se desliza
En nuestro corazon libre y tranquilo,
Y con el filtro del amor se hechiza
A una ilusion así prestando asilo.
Como ilusion la admite: ella traidora
La hoguera oculta del amor atiza,
Su belleza ideal la patentiza,
Y al verla el corazon tan seductora
Con la ilusion falaz le fanatiza,
Y al fin ciego de amor la diviniza,
Y en el altar de la pasion la adora.

Y así como un recuerdo vagoroso,
Por la puerta no mas de un pensamiento
Disfrazado, traidor, mudo, alevoso,
Del viagero en el alma en tal momento
Entra amor á robarle su reposo.

CAPITULO IV.

Música.

Apenas de estas quimeras
Que en la mente se acumulan
Del que tranquilo se duerme
Y á dormirse en paz le ayudan,
En la del jóven viagero
Se iban lentas una á una
Disipando, á cada instante
Apareciendo mas turbias;
Apenas del blando insomnio
Las vaporosas figuras
Dejaban á sus sentidos
Del sueño en la paz profunda
Y su tranquilo reposo
Gustaba, cuando la muda
Soledad turbó á deshora

Grata y acordada música;
Y del mancebo llegando
Al oido en liz oculta
Con su sueño fué ganándole
El sitio que en él ocupa.
Tornaron á producirse
Otra vez las inseguras
Fantasías del insomnio,
Y muy pronto entre su turba
Incolora tornó á alzarse
La imágen radiante y pura
De Flor-del-Alba, mas bella
Y luminosa que nunca.
Pronto el corazon amante
(Que por acercarse pugna
Al hechicero fantasma
Que parece que le busca)
Soñando cree que realiza
Mil esperanzas absurdas.
Ya la transparente imágen
De la adorada hermosura
Cree que á su lado desciende,
Y de sí mismo tan junta,
Que con que estienda los brazos
La puede tener segura:
Ya al amoroso fantasma
Vé que una y otra vez cruza
Por la alcoba en que reposa,
Y cree que el rumor escucha

De sus pisadas, y el roce
De sus leves vestiduras.
Ya que á la trémula llama
De la lámpara que alumbra
Su aposento, le contempla
Con amorosa ternura,
Y con su aliento purísimo
Le oréa, porque le infunda
Su amor el divino aroma
Que el blando aliento perfuma.
Ya en una transicion rápida
De que los sueños abundan,
La muger se trueca en ángel;
El ser terrenal se ofusca
Tras de su célica esencia:
De tornasoladas plumas
Brotan alas de sus hombros
Que á sus espaldas se agrupan,
Formando un fondo nevado,
Sobre el cual de su cintura,
De sus brazos y su cuello
Los contornos se dibujan.
De un harpa de oro que al lado
Tiene, y cuyas cuerdas pulsa,
Hace brotar ricas cláusulas
De embriagadora dulzura.
El alma amante con ellas
En armonia se inunda,
Y á las etéreas regiones

Arrebatada se juzga;
Mas vibran de tal manera
Las notas con que preludia
En el alma del dormido,
Y le hieren tan agudas
Y tan íntimas, que pronto
Será fuerza que interrumpan
La influencia soporífica
Del sueño que le subyuga.
Y así es: los lentos párpados
Abre al fin; con mano ruda
Ase del cómodo lecho
Las plegadas colgaduras;
Y aun mal despierto—¿Quién va?—
Con ahogada voz pregunta.
Nadie responde: al reflejo
De la lamparilla mústia,
Reconoce el aposento
Que como huésped ocupa.
Mas todavía del sueño
Piensa que el Sopor le abruma;
Pues de él recordando á espacio
Las imágenes confusas,
De Flor-del-Alba y del ángel
Al recordar la hermosura
El son del harpa recuerda;
Y cree que se perpetúa
El ensueño, pues de un arpa
Oye el acorde, no hay duda.

Por mas que tenaz dar crédito
A sus sentidos rehusa,
Interrumpe el son de un hárpa
La tranquilidad nocturna,
Y una vóz suave cantando
Con sus cláusulas se ayuda.
Del dulce canto atraido,
Y á indagar quién le produzca
Impelido el caballero,
Sentó la planta desnuda
En el pavimento frio,
Y con precauciones sumas
Entreabriendo la ventana
Por la que se oye la música
Asomóse poco á poco
Por si á quien canta columbra.
Mas en vano: desde el cénit
Con pálida luz la luna
Plateó un huerto en que reinan
El abandono y la incuria!
Su tierra fértil un dia
Cubre enredada espesura
De silvestre yerba, y claro
Se vé, que el dueño renuncia
Como á reponer su casa
A labrar la huerta inculta.
Esta en su orígen fué patio,
Pero recibió cultura
Cuando sus antiguos dueños

Al dar en peor fortuna
Sembraron en cuanta hubieron
No posesores de mucha.
Este huerto ó este patio
Que altas paredes circundan,
Forma el centro de la fábrica
De este edificio, que anuncia
Próxima ruina do quiera
Por infinitas roturas.
Solo de las cuatro torres
Que le ciñen, en la una
Se habita, pues el revoque
De sus paredes lo acusa.
Y en esta torre frontera
A la en que el jóven procura
Desde su ventana ver
De la misteriosa música
El orígen, hay abierta
Otra ventana; mas cuya
Interior habitacion
A su avara vista hurtan.
De un enramado jazmin
La espesa rama fecunda,
Y una estrecha celosía
En que las ramas se anudan.
Allí está pues la cantora:
De entre la fresca espesura
De aquel toldo de jazmines
Y florecillas menudas,

Brota aquella voz suavísima:
Y de allí en sus alas húmedas
La esparce el aura de mayo
Por la transparente anchura
De los cóncavos espacios
Que el aire diáfano azula.
De allí parte aquella voz,
Y si es de una criatura
Humana, Naturaleza
Al dársela la hizo única,
Pues la formó de los tonos
Con que armónicos la arrullan
Los ruiseñores del bosque,
Las fuentes que le fecundan,
Los ecos que les remedan
En las escondidas grutas,
Y el aura que entre las hojas
Suelta y lasciva susurra.
Tal es la voz que la calma
De la muda noche turba.

Voz que encierra
En el concento
De su acento
Celestial;
Cuantos ecos
De alegría,
De victoria,
De agonía,

Y de gloria
Juntaria
Si se oyera
Toda entera
La armonía universal.

Voz que gime
Congojosa ;
Voz sublime,
Vagarosa ,
Que levanta
Misteriosa
Melancólica cancion.
Voz sonora
Que á par canta ,
Y á par llora
Los delirios
Apacibles ,
Los martirios
Insufrlbles
De un amante corazon.

Blando son
Que el viajero
Con aliento
Retenido ,
Oye atento
Y embebido
En su balcon :

Y antes que suene en su oido,
De aquella nocturna endecha,
Vá la música derecha
A arrullar su corazon.

Vago encanto
Con secreta
Simpatía
Le sujeta
De aquel canto
A la armonía:
Y aunque ciego
No comprende
La razon;
Siente luego
Que la calma
De su alma
Pierde ciego
Y le enciende
Dulce fuego
Al oir la voz lejana,
Que á través la celosía
De la florida ventana,
El mágico son le envia
Del arpa y de la cancion.

Escuchábala embebido
Con intensísimo gozo
El aventurero mozo

De su entreabierto balcon
Sin reparar de la noche
En el insano rocio,
Y en el aire húmedo y frio
Propio aun de la estacion.

Escuchaba él y seguia
De sus armónicas frases
Los melodiosos compases
Y maestra ejecucion;
Y cuanto mas escuchaba
Aquel acento encantado,
Mas se creia engañado
Por una vana ilusion.

Escuchaba, y comprendia
Mas claro á cada momento,
Que aquel primoroso acento,
Y aquel sentido cantar,
Rebosando de armonias
Y poesía galana,
De una garganta villana
No se podia lanzar.

No es ese el canto monótono
Cuya armonía sencilla
De los campos de Castilla
Ronco entona el labrador:
No es esa la endecha tosca

Que alza en la fiesta campestre
El labriego, al son silvestre
De la gaita y el tambor.

Es el cántico suavísimo
De una voz rica, argentina
Que vibra, gorgea y trina
Con limpieza sin igual;
Canto profundo, inspirado,
Tierno, sonoro, vibrante,
Que oye absorto el caminante
Por su bien ó por su mal.

Y elevado en una escena
Que embellecen la oportuna
Tranquila luz de la luna,
Del misterio la ilusion;
Parece un himno celeste
Por un angel entonado,
Y en el aura acompañado
Por las harpas de Sion.

Tal lo juzga el forastero
Que embebecido lo escucha,
Mientras con la fuerza lucha
De su mágica impresion:
Y tanto al cabo se hechiza
Con el cantar peregrino,

Que al impulso repentino
De curiosa imprevision:

Abrió el balcon entornado,
Mas con este movimiento
Cuanto logró, en un momento
Perdió la necia ambicion:
Por que notando sin duda
Su presencia impertinente
Cesó repentinamente
La misteriosa cancion.

Volvióse desconsolado
El forastero á su lecho,
El pensamiento ocupado
Con la música que oyó.
Y tras de inquieto desvelo
Que agitaron alhagüeñas
Mil imágenes risueñas,
Cansadó al fin se durmió.

Y alto estaba ya el sol del nuevo dia
Cuando el mancebo despertó, al sonido
Del acento del viejo, conocido,
Que á llamarle venia.
El mozo de la cama saltó al punto,
Y entrándose en la cámara el anciano,
Las ventanas abriendo,

Al mancebo gentil tendió la mano:
Plática tal los dos entreteniendo.

El Viejo.

Acaso no habrá sido
Tan cómodo mi lecho
Como en el que á dormir estareis hecho
Mas en fin; ¿cómo en él habeis dormido?

El Forastero.

La dulce paz y hospitalario techo
Señor, de vuestra casa
Solo comodidades me ha ofrecido

El Viejo.

Perdonad que en estancia semejante,
De la parte que habito tan distante
Os haya asi alojado;
Que el edificio está tan mal tratado
Que no pude en los cuartos de adelante
Sitio hallar para vos acomodado.

El Forastero.

Mucho tiempo hace ya, y os lo aseguro
Que noche no gocé tan deliciosa:
Y el aposento hallé de tal manera
Que si preciso caso me obligára
Esta casa á habitar, yo os suplicara
Que vuestra autoridad me permitiera
Que en él siempre habitara.

El viejo.

Sin que ese caso y precision viniere
Yo os le ofrezco de grado:

Permaneced el tiempo que os pluguiere,
Que en ello seré yo siempre el honrado.

EL FORASTERO.

No plazca á Dios, que por antojo mio
Molestia os ocasione:
Yo os lo agradezco, pero parto.

EL VIEJO.

Fio
Que sí á emprender volveis en tiempo alguno
Por estos pobres valles otro viaje,
Y os hace otra vez falta un hospedage,
No olvideis que aquí siempre teneis uno.

EL FORASTERO.

Y yo á mi turno fio
Que el habitado espacio
De este antiguo palacio
Recuerde alguna vez el viaje mio.

EL VIEJO.

Sí, á fé! Mas el almuerzo preparado
Nos aguarda.

EL FORASTERO.

Y Brillante impacientado
Tambien el suyo aguardará.

EL VIEJO.

Servida
Le fué ya su racion.

EL FORASTERO.

¡Tanto cuidado!

El viejo.

Obligacion no mas de huésped. Ea!
Venid, que todo al fin se hará á medida
De vuestra voluntad, á lo que creo:
Y aunque mas pronta acaso
De lo que apeteciera mi deseo,
Yo os haré la mas franca despedida
Rogando á Dios que os ilumine el paso.

Y hablando así la cámara dejaron,
Y el oscuro camino que trajeron
Cuando de noche al camarin vinieron,
Volviendo á hacer, al comedor bajaron.

CAPITULO V.

Despedida.

Una hora despues y hallándose
En el cuarto en que la cena
Les sirvieron por la noche,
Del almuerzo en sobremesa,
Despidiéndose el mancebo
Del viejo y de su hija bella.
De este modo habian trabado
La conversacion postrera.

EL VIEJO.

¡Ea, pues! yo no he sabido
Perder la costumbre añeja
De marino, y aun celebro
Un viaje ó amistad nueva
Con un generoso brindis
En la amistad cuando empieza,

Y en los viajes como es justo
A la ida y á la vuelta.
Con que así llegad el vaso
Y vaciemos la botella
Ultima de tostadillo
Que dió de si la bodega.

EL FORASTERO.

Por mi, buen anciano, os juro
De buena fé, que quisiera
Que la amistad que hoy trabamos
Fuera entre las dos eterna.

EL VIEJO.

Nada puede ser eterno
Sobre la faz de la tierra
Pero contad con la mia
Mientras dure mi existencia,

EL FORASTERO.

Dios os la guarde señor
Hasta que cumplidos sean
Cuantos votos hayais hecho
Sobre la edad venidera.

EL VIEJO.

Solo uno, si no le logro
Amargará mi hora estrema,
Que es dejar la hija que tengo
Niña, sin estado y huérfana.

EL FORASTERO.

Señor no le cumple á un mozo
Que tan pocos años cuenta,

Por mucho que le disculpe
Su poder ó su nobleza
En ocasion semejante
Hacer semejante oferta;
Mas dispensad si me atrevo
A prometeros, que mientras
Respire Don Pedro Tellez
Y tener con honra sepa
Un techo que le cobije
Y un doblon que lo mantenga
No faltará á vuestra hija
Si otras mejores no encuentra,
Ni casa en que viva honrada,
Ni espada que la defienda.

El Viejo.

¡Que os tome Dios vuestra noble
Generosidad en cuenta
Don Pedro Tellez! Y ahora
Que la ocasion se me rueda
A unas palabras de anoche
Pláceme daros respuesta.

D. Pedro.

Decid.

El Viejo.

—Creo que digísteis
Que simpatía secreta
Vuestra alma hácia mí atraia;
Y yo de la mia en prueba
Quiero que sepais que tengo

Tal fé en la hidalguía vuestra,
Que á pesar de ser tan jóven
Puede ser que no eligiera
Otro que á vos, á mi muerte
Para encomendarle de ella.

D. Pedro.

Predileccion tan honrosa
No sé cómo os agradezca;
Mas es la eleccion muy pronta
Y acaso no esté bien hecha.

El Viejo.

¡ Oh ! quien vivió tanto tiempo
Como yo, tiene esperiencia
De que rostros y apellidos
Abonan á quien los lleva.
Pero noto que hemos hecho
La conversacion muy séria,
Y hemos pasado los límites
Acaso de la prudencia.
De todos modos, mancebo,
Servido habrá mi franqueza,
Para que hayais comprendido
Lo que mi alma os aprecia.

D. Pedro.

Y al menos habrá la mia
Servido de daros muestra
De lo mucho que desde hoy
Vuestra sangre me interesa.
Y ya que como habeis dicho

Satisfecho en esta aldea
Vivís con vuestra hija hermosa
Y con vuestra escasa hacienda,
Permitid que os deje al menos
Para que os traiga en mi ausencia
A la vuestra mi memoria,
De mi amistad una prenda.

El Viejo.

Para acordarme de vos,
Basta con vuestra presencia
Haber visto tan honradas
Nuestra casa y nuestra mesa.
Y por lo que á prendas toca
Me haceis dar en la sospecha
De que vais nuestro hospedaje
A pagar de esa manera.

D. Pedro.

¡No por Dios! Dígeos el nombre
De mi casa solariega,
Dígeos quién soy y que gozo
De favor y de opulencia,
Y ofrecido os hé el desquite
De este hospedaje, en adversa
Ocasion, si asi os pluguiere:
Mi paga pues ha sido esa.

El Viejo.

¡Oh de ese modo esplicándolo!

D. Pedro.

No dudo de que os convenza.

El Viejo.

Efugios son cortesanos.....

D. Pedro.

Lo serán, muy norabuena.
Mas como tienden á hacer
Nuestra amistad mas estrecha,
Dejadlos pasar en gracia
Del buen intento que llevan.
Tanto mas, cuanto que en vos
No empleándose la prenda
Que os quiero dejar aquí,
Si no en vuestra hija, es fuerza
Que no voluntaria dádiva
Si no tributo parezca;
Que en aras de la hermosura
Nada os doy, todo es ofrenda.
Y por fin como algun dia
Decis que acaso suceda
Que sin vos (y á Dios no plazca)
A ampararse de mí venga:
No es demás que para entonces
Pueda tener manifiesta
Una prenda que reclame
Mi obligacion y mi deuda.

El Viejo.

Tanta es vuestra cortesia,
Caballero, al ofrecerla,
Que vendrá á dar la repulsa
En desatencion grosera.

VAL
MERCIER

D. Pedro.

Con este permiso pues,
Tendedme niña modesta
La hermosa mano en que os deje
Este anillo, cuya piedra
No encontrará quien la tase
De hoy en vuestra mano puesta;
No por lo que vale en sí,
Si no por estar en ella.
Y asi diciendo D. Pedro
Tomola una á la doncella,
Entre sus dedos torneados
El rico anillo poniéndola.
Tiñó el carmin de la rosa
Las megillas de azucenas
De Flor-del-Alba: quiso el viejo
Impedir que puesta fuera
La sortija; mas fué tarde,
Pues lo hizo con tal presteza
D. Pedro, que fué antes casi
El darla que el ofrecerla.

El Viejo.

Mal tales prendas en manos
De una labradora sientan;
Ni es justo que las acepte
Quien no puede en recompensa
Dar otra á aquel de quien viene

D. Pedro.

Mas será á mi ver ofensa

Que ella rehuse aceptarla
Por prestaros obediencia.

EL VIEJO.

Si á ofensa habeis de tomarlo,
A eleccion de Flor se queda.

FLOR-DEL-ALBA.

Yo siempre la llevaré
En vuestra memoria puesta.
Mas tiene razon mi padre,
Pues ha de ver con vergüenza
Que no pude yo pagárosla
Con otra que digna fuera
De la que me dais.

D. PEDRO.

Escusa
Buscado habeis bien pequeña.
El mas mínimo favor
De una hermosura, no hay prenda
Que pague en su valor justo;
Y si del favor en muestra
Me dais una florecilla
Cultivada en vuestra huerta
Por vos, un clavel temprano,
Una estraviada violeta,
Un jazmin, ó una hoja sola
De un tiesto ó enredadera,
Que tengais, como otras suelen,
De vuestro cuarto en la reja,
Yo me daré por pagado,

SEVERINI.

Y aun me atrevo á hacer apuesta
De que antes perdereis vos
La sortija, que yo pierda
De la flor que me dais verde
Las caidas hojas secas.
Y aquí el mancebo galan,
Reparando la severa
Faz del viejo, y el rubor
De la muchacha, á la escena
Puso fin, diciendo á tiempo
De dirigirse á la puerta:
Mas ya basta: avanza el dia,
Y de este sitio me alejan
Necesidad y deber,
Que en mi viaje al par me empeñan.
Y un cuarto de hora despues,
Partiéndose de la aldea
De Villaldemiro, el mozo
Daba al palacio la vuelta,
Para tomar el sendero
Que por el soto atraviesa,
Cuando al ir del edificio
Rodeando por la cerca,
Cayó un ramo de jazmines
Ante él, y sobre su senda,
Recogió al potro la brida
Y levantó la cabeza;
Mas cuando vió la ventana
Sintió cerrar sus vidrieras.

Bajóse á tomar las flores,
Tornó á cabalgar, y mientras
Se alejaba á lentos pasos,
Fija la vista en la reja
Misteriosa, oyó una voz
Que entonaba detrás de ella
La cancion que oyó de noche
Diez horas hacia apenas.
Al generoso bridon
Volvió á refrenar las riendas,
Y permaneció escuchando
La lejana cantinela,
En meditacion profunda;
Y su imaginacion inquieta
Con los lances de la noche
Y del dia, andando á vueltas,
Cruzó sin duda su mente
Luminosa alguna idea
Que á decision repentina
Le impelió; pues las espuelas
Aplicando al potro, á escape
Le hizo cruzar la pradera,
Y despareció perdiéndose
Del soto entre la arboleda.

CAPITULO VI.

I.

Partió el forastero
Por siempre quizás,
Y un dia tras otro
Pasándose vá.
Tornó en el palacio
Cual siempre á reinar
Sombrío silencio
Monótona paz.
Tornó Flor-del-Alba
El curso á empezar
Que los mil que-haceres
Domésticos dan,
Los dias enteros
Volviendo á pasar

Cual flor conservada
En fuerza de afan
Cerrada en el viejo
Doméstico hogar.
Tornóse al misterio
Que dos años há
Rodea el palacio
Do ocultos están
El viejo y su hija
Sin que hagan jamás
Mas viaje que á misa
El dia al rayar.
La niña en las fiestas
Al Prado no vá
Del baile campestre
Ni un punto á gozar.
Y el viejo atraviesa
Tan solo el lugar
Los dias de fiesta
Cuando al templo vá.
Do quiera y con todos
Eterna é igual
Conserva severa
Reserva tenaz.
Con él en el pueblo
Tener amistad
Ninguno ha logrado:
Mas nunca en azar
Arduo, ni en peligro,

Ni en enfermedad,
Llegó uno á su puerta
Consejo á tomar,
O á pedir remedio,
Que en urgencia tal
Sin ser socorrido
Volviera pié atrás.
El viejo con todos
Atento y cordial,
Los males agenos
Diestro en aliviar.
Siempre era él el árbitro
Juicioso y capáz
De hacer las discordias
A todos cesar.
Y pobres y tristes
De su caridad
Van en sus desdichas
Consuelo á buscar.
Acaso no hay uno
Que á solas y allá
En su alma no piense
De aquel hombre mal;
O envidie su suerte
Su tranquilidad,
O le odie porque hace
Su suerte ignorar;
Pues siempre la humana
Condicion fué tál.

Mas todos le acatan,
Y todos á par
Su ciencia aprovechan,
Y todos están
En que hay de aquel hombre
En la gravedad
De su faz tranquila
Y noble ademan
Un sello de oculta
Superioridad.
El mozo mas rico,
O altivo, ó audaz,
No supo á su hija
Amante llegar.
Aquella belleza
Que cubre el sayal
De moza villana
Como á las demás
Zagalas que habitan
El mismo lugar:
Aquella muchacha
Que puede á lo mas
A pobre heredera
De un pueblo igualar,
De quien á las otras
Diferencia no hay
Si no en que posee
Un campo herial
Y un viejo palacio

A medio arruinar;
Tiene en la espresion
De su bella fáz,
En su aire de cándido
Pudor virginal,
Y en todo su porte,
Cierta magestad
Que asaz la distingue
Del tono vulgar
De la gracia tosca
Que en lo general
De las mas opuestas
Mozas de lugar,
Salvages contornos
Presta á la beldad.
Y acaso no hay una
Que á solas, y allá
En su alma, de aquella
Belleza ideal,
No halle alguna falta
De que murmurar.
Mas no habrá ninguna
Que á rivalizar
Se atreva con ella;
Ni alguna osará
De la Flor-del-Alba
Suponerse igual.
No hay una que honrada
No se crea asaz

Si de deferencia
Alguna señal,
De la hermosa niña
Consigue alcanzar.
Por mucho que de ella
Murmuren detrás.
Por mas que la quieran
Defectos buscar;
Y altiva la juzgen,
Y de vanidad
La culpen, no hay una
Que si ante el umbral
Del viejo palacio
Acierta á pasar
Y allí Flor-del-Alba
Por acaso está,
No cambie con ella
Saludo cordial,
Y amable sonrisa,
Que quiera indicar:
Que tiene la niña
Con ella amistad.
Y asi en el aldea
Pasándose van
Los dias de mayo:
Y asi en soledad
El padre y la hija
El débil torzal
De la vida humana

Hilan sin cesar;
Dichosos gozando
La felicidad
De aldeanos que viven
Sin oro ni afan.
¿Mas qué humana vista
Puede penetrar
Por un muro espeso
Cual por un cristal?
¿Quién ver lo que dentro
Se puede encerrar
De aquel edificio
De cuyo portal
Ninguno del pueblo
Podido ha pasar
Ni mas que de fuera
Lo ha visto jamás?

II.

Desque el forastero
De allí se partió,
Apenas semanas
Pasáronse dos.
Ni á oirse en aquellos
Contornos volvió
Noticia del jóven;
Ni tardo pastor
Que el hato de noche

Al pueblo tornó:
Ni el guarda del campo
Mas madrugador
Volvió á oir el paso
Del potro velóz,
Que al irse de todos
Fué la admiracion.
De el soto le vieron
Salir: con vigor
Increible vieron
Que á escape subió
La cuesta postrera
De las que en redor
Circundan el valle
Do yace hasta hoy
La aldea escondida:
Y desde el peñon
Donde el arquitecto
La iglesia fundó
Le vió el campanero
Como exhalacion
Tomar el camino
De Burgos, en pos
De sí nube densa
Dejando el bridon
De polvo, entre cuyas
Sombras se perdió;
Como una evocada
Lejana vision

Que se hunde en las ondas
De espeso vapor.
La luna entre nubes
Velada alumbró,
La tierra á intervalos
Con tíbio fulgor,
En noche cargada
Que á un dia siguió
De esos que nublados
Amasa el calor.
Pesado está el aire:
Todo á su impresion
Perezosa en lento
Letargo cayó.
La brisa no mece
Ni rama ni flor:
No suena en los sáuces
Ni arrullo ni voz
Tórtola acuitada,
Pardo ruiseñor.
Todo en torno calla,
Y solo su son
Monótono lleva
Un murmurador
Arroyo, que cruza
Por la poblacion,
Y baja desde ella
Por cáuce que abrió,
A dar del palacio

En frente al porton
En un ancho estanque
Que allí se cavó.
Este vuelve á darle
Su curso y su son
Por el lado opuesto
A aquel por do entró:
Y el arroyo hinchendo
De verde frescor
El soto, se pierde
Libre y jugueton,
De los altos olmos
En el espesor.
Al sueño, cansado,
En paz se entregó
El pueblo: no brilla
De luz resplandor
Por entre los vidrios
De reja ó balcon,
Mas que la del mustio
Perenne farol
Que alumbra devoto
La iglesia de Dios.
De su torre gótica
Con ronco clamor
Dió once campanadas
Moderno reló;
Cuando al pié del pardo
Fuerte murallon

VIAL
CODERCH

Que el viejo palacio
Cerca en derredor,
Y bajo la reja
Por donde cayó
El ramo de flores
Delante el troton
Del jóven viajero
Cuando se partió;
Alzó repentino
Deleitable son
Vihuela punteada
Con diestro primor;
Y á poco á sus tonos
Concertada voz
Asi entre la sombra
Nocturna cantó:

«Flor-del-Alba, que con ella
»Compites en resplandor,
»Y á la lumbre que destella,
»Como tú tan pura y bella
»No halla en la tierra otra flor.
»Tu lecho de flores deja,
»Mira que el alba refleja:
»Desvélate ¡oh flor!
»Que llama á tu reja
»La voz del amor.»
«Tus hojas abre y dá al viento
»Su perfume embriagador

»Para que en él tome aliento
»Quien no tiene otro alimento
»Ni otro ambiente que tu amor.
»Mira que el alba refleja,
»Tu lecho de flores deja:
»Desvélate ¡oh flor!
»Que llama á tu reja
»La voz del amor.»

Con estas palabras
Callando la voz
El aire á lo lejos
Sus ecos ahogó,
Quedando en silencio
Y en sombra en redor
El campo como antes
De aquella cancion.
A poco en el muro
Confuso rumor
De hierro y vidrieras
Movidas se oyó:
Y hallando la luna
Un roto giron
Que en medio una nube
El viento rasgó,
Vertió repentino
Fugáz resplandor.
Su tibio reflejo
El muro alumbró

A par alumbrando
La escena de amor;
Que arriba en la reja
Patente se vió
El rostro de un angel,
Y abajo al cantor
Contemplando inmóvil
La blanca vision.
Allí Flor-del-Alba
Que su reja abrió:
Aquí Tellez, ciego
Por ella de amor.
Aquí él á quien trajo
Su ardiente pasion:
Allí ella que amante
Su vuelta esperó.
Tal vez uno á otro
Tendian los dos
Los brazos amantes;
Y acaso la voz
De entrambos buscaba
La frase mejor
Que á ser alcanzara
Del alma espresion,
Cuando vaga sombra
La esquina dobló,
Viniendo hácia Tellez
Con paso veloz.
La reja al sentirle

La niña cerró:
La luna á embozarse
Con nubes volvió
Sombreando del campo
La muda estension:
Y el mozo mostrando
Un noble valor,
El paso al que viene
Sereno atajó,
Los dos entablando
Tal conversacion:
—¿Quién vá?—dijo el mozo.
Y el otro:—Yo voy.
—¿Quién sois?
—Os pregunto
Lo mismo yo á vos.
—Soy..... un caballero.
—Yo tambien lo soy.
—Yo don Pedro Tellez.
—Y yo don Leon
De Alba.
—¡Vos!
—Sin duda.
—¡Un Alba! ¡Gran Dios!
¿Qué es esto?
—Un misterio
Cuya esplicacion
Pronto en este punto
A daros estoy.

—Hablad.
De mis pasos
Venios en pos,
Que siempre estaremos
A solas mejor.
Y echando hácia un lado
El muro dejó.
Siguióle don Pedro,
En su corazon
Sintiendo á aquel hombre
Secreto pavor.
Debajo de un ancho
Frondoso lloron
Del soto en lo oscuro
Aquel se sentó.
Don Pedro imitóle,
Y el otro con voz
Severa le dijo:
Prestadme atencion.

—«Murió nuestro buen rey Cárlos segundo
Dejando de sus reinos la opulencia
A Felipe de Anjou, á quien esta herencia
Le costó guerrear con medio mundo.
Los nobles españoles
En bandos se partieron
Segun que los derechos concibieron
De pretendientes varios
Que de la Francia amigos ó contrarios

El trono Hispano á disputar salieron.
Pues entre estas familias divididas
Dieron al fin por su opinion sus vidas;
Dos hubo nobles que partiendo tierra,
El feudo y amistad que las unia
Cambiaron con furor en saña impía.
Mas bien que por defensa de sus reyes,
Mas que por sus derechos.
Y por salir por las antiguas leyes
Del suelo pátrio, su bandera alzaron
Por ir á hincar en los contrarios pechos
Las aguzadas lanzas que empuñaron.
La que por don Felipe alzó banderas,
Siempre amparada por mejor fortuna,
De la contraria raza por do quiera
Las vidas fué segando una por una.
De la otra en recompensa
De sus servicios derramó la inmensa
Riqueza reunida
Del último heredero que restaba
En la por ellos siempre perseguida
Persona errante y misteriosa vida.
El deudo y parentesco que ligaba
A ambas á dos familias comprobaron,
Y de aquesta manera
De enemiga fortuna venidera
La hacienda en una de las dos juntaron.
Reinó por fin en paz Felipe quinto,
Y la familia aquella vencedora

Que fuera en esta malhadada lucha,
Siempre fué noble por su honor é instinto:
Con el rey alcanzó privanza mucha,
Y todavía la conserva ahora.
Pero de la otra raza que vencida
Fué por la suya, un individuo solo,
Un mancebo no mas quedó con vida.
Mas proscrito, sin resto de esperanza
De cuanto hubo en la tierra despojado,
Fuese á América huyendo despechado
Cual de la proscripcion, de la venganza
Del enemigo bando encarnizado.
Allí arrastró su mísera existencia
Con inconstante y desigual fortuna,
Ya en triste medianía ó indigencia:
Hasta que en fin tranquilizada España,
De los bandos distintos
Licenciada por fin la inútil tropa,
Y aplacada por fin la antigua saña,
A España dió la vuelta, y viento en popa
Ancló en el mar que á Barcelona baña.
Ahora bien, entended, don Pedro Tellez:
Las familias rivales
Son las nuestras: entonces y hasta el dia
Los destinos fatales
Fueron, y sin piedad para la mia.
Conozco bien que vos, mancebo apenas
De cinco lustros, de la guerra impía
Parte no fuísteis; pero todavía

Vuestro padre, que es causa de mis penas
De la contienda instigador primero,
Vive, y no puede la de su heredero
Mezclarse con la sangre de mis venas.
Mi casa os dí: su hospitalario techo
Buena ofreció ocasion á mi venganza:
Os condujo el infierno: mas no avanza
A tan baja traicion mi noble pecho;
Mas que nunca, don Pedro, se os olvide
Que un mar de hirviente sangre nos divide.
Hé aquí todo el misterio de mi casa;
Hé aquí mi historia entera.
Y ahora que conoceis mi verdadera
Posicion, á estas rondas poned tasa,
Y á la honra de ambos con mejor manera
Arreglad la conducta venidera.»

Y así concluyendo
Con tal relacion
El viejo, el camino
Que trajo tomó.
Cual sombra movible
De una aparicion
Que en humo al tornarse
Con hondo terror
Nos hiela el medroso
Mortal corazon:
Así la del viejo
Desapareció

En la que trazaba
Su vieja mansion.
Con ojos absortos,
Con mudo dolor,
Partir y perderse
Don Pedro le vió.
Y en vano quisiera
Con resolucion
El paso atajarle,
Correr de él en pos
Y exigir completa
Nueva esplicacion:
Negaban sus fauces
El paso á la voz:
Inerte, embargada,
Sentia la accion.
Y así, bajo el peso
Del secreto atroz
Que el viejo en su historia
Le patentizó,
Quedó anonadado,
Sin ira y valor,
Y á solas el triste
Con su corazon.

III.

En círculo eterno
Con giro infernal,
Su pecho colmando

De angustia y afan,
Formando en su mente
Eterna espiral,
Que acaba do empieza,
Y vuelve á empezar;
Y turba y marea
Y rueda tenaz
En mágico círculo
Que vértigos dá,
Del mozo en la mente
Comienzan á dar
Las negras ideas
Que crea en su mal,
Mil vueltas que al cabo
Confúndenle mas.
La historia es del viejo
Terrible verdad:
De sangre fermenta
Entre ambos un mar.
Lejos tantos años
Del suelo natal,
Lo supo él tan solo
De oirlo contar.
El, rico de ciencia,
Campeon de la paz,
Que vé de la vida
En el campo herial
Tan solo una flor
Fecunda no mas,

La flor que produce
La fé conyugal,
La paz del tranquilo
Doméstico hogar.
El que por do quiera
Buscándola vá,
Que deja por solo
Su aroma gozar
Riquezas, honores,
Privanza real,
Y cuanto en el mundo
Se puede envidiar:
El que huye dejando
Princesa imperial,
Por no ver en ella
La felicidad:
Que vé de su dicha
La flor ideal
Fragante á sus plantas
Su tallo elevar
Y á asirla se mira
Tan próximo yá,
¡Ay! vé que es solo ésta
La flor celestial
Que al campo en que arraiga
No puede arrancar.
Del viejo ofendido
Calcula además
La altiva y heróica

Generosidad.
Sí; el triste á una aldea
Se vino á llorar,
Su sangre vertida,
Su hurtado caudal;
Su dicha con que otros
Gozándose están.
Y cuando podia
Venganza tomar
Pues á él á sus manos
Le trajo Satán,
(Como él se lo dijo
Con harta verdad,
Contar esperando
Con un crimen mas);
Le ofrece en su lecho
La seguridad;
Le sienta á su mesa,
Le sirve leal,
Y en paz recibiéndole
Le deja ir en paz,
Y él ¿cómo le paga
Tan gran lealtad?
De amor insensato
Se deja arrastrar
Por Flor con quien nunca
Unirse podrá.
¡Oh! hallar en tal caso
Gentileza tal

En tal enemigo,
Y ciego atentar
A la honra de su hija
En su alma beldad
Es ser de una infame
Vileza capaz!

IV.

Y con tales pensamientos
Batallando sin cesar,
Midiendo las consecuencias
Que aquella casualidad
Para el venidero tiempo
A su porvenir traerá,
No vé que vuelan las horas
El apenado galan.
Pegado se está en un tronco
Del soto en el valladar:
Y distraidos sus ojos
Como por oculto imán
Atraidos á los muros
Del palacio sin variar
De direccion, enclavados
En el edificio están.
La lobreguez de la noche
Que en cerrada oscuridad
Envuelve toda la tierra,
Ver no le permite ya

Mas que una masa de sombra:
Porque rauda tempestad
Por el espacio avanzando
Ahogó el nocturno fanal
De la luna, que camina
De los nublados detrás.
Con ráfagas desiguales
Empieza el aire á agitar
Las ramas, que pronto el raudo
Torbellino arrancará.
Ya está encima, la veleta
De la torre casi vá
Desde el monte en que se eleva
Con las nubes á tocar.
Brilla un relámpago enorme
Y á su roja claridad
Se ilumina todo el valle
Por un instante fugáz,
Y en este mismo momento
El reló que empieza á dar
Las tres de la madrugada,
Con sus ecos de metal,
Atrayendo de las nubes
La inmensa electricidad,
Hizo la tormenta horrible
Sobre el valle reventar.
Rasgóse el preñado vientre
Del nublado: el vendava
Lanzóse fuera amagando

Las campiñas arrasar:
Brotó la lluvia á torrentes,
Fué la tierra un cenagal,
Los arroyos en un punto
Hizo en torrentes cambiar.
Y cada valle fué un lago,
Cada cuesta un manantial,
Cuyos raudales inmensos
No osa la tierra tragar
Porque no pueden sus poros
Con tan gigante caudal.
Y sus pesares don Pedro
Dándose prisa á apartar,
Olvidando el mal del alma
Con la afliccion corporal
Lanzóse sobre los lomos
De su potro, y con afan
Ambos á dos acicates
Aplicándole á la par
Arrancó á escape tendido
Con tanta velocidad
Que en su ímpetu parecia
Arrastrarle el vendabal.
El dia siguiente
Purísimo el sol
Cual siempre con lumbre
Serena radió.
Tormenta de estío;
Temprano calor

Formóla, y en furia
Ligera pasó.
El cierzo deshizo
Su pronto turbion
Con soplo pujante
Llevándola en pos.
Y seca la tierra
Sus lluvias sorbió
Despues de posado
Su inmenso alubion:
Del sol á los rayos
Tornóse en vapor
Gran parte, que al punto
El aire llevó.
Tornaron los campos
Con nuevo vigor
A alzar las espigas
Que el viento abatió;
Tornó á embellecerse
Con nuevo verdor
La yerba y el césped
Que el agua embarró.
Tornaron los olmos
El grato rumor
A alzar de sus hojas
Que el aura enjugó:
Y oyendo en sus nidos
Su lánguido son
Las aves, que el fiero

Nublado espantó,
La luz saludaron
Con dulce clamor
Lanzándose al viento
Con vuelo veloz.
La atmósfera entonces
Mas pura quedó,
Sin mancha de nubes
Su azul estension.
El pueblo á sentirse
Con vida tornó.—
Cediendo al instinto
Su buen corazon,
A ver los sembrados
Salió el labrador:
De fieles podencos
Seguido, el zurron
Repleto, á los sotos
Volvió el cazador.
Y abriendo el aprisco
Dó se guareció
Tornó sus rebaños
Al monte el pastor.
Y asi de la vida
Al ruido y accion
Por campos y pueblos
La tierra tornó.
Tan solo el palacio
Del viejo mansion

Gozar de aquel nuevo
Placer no mostró.
En todo aquel dia
Ninguna se abrió
De las anchas rejas
Del muro esterior.
Ni nadie pasando
Vió abierto el porton,
Ni nadie á sus dueños
Asomarse vió.
Y asi pasó un dia,
Y corrieron dos,
Y asi la semana
Completa pasó.
Tan solo el domingo
Cuando el esquilon
Del templo á la misa
Del alba tocó
Acudió á la iglesia
Con su padre Flor,
Y luego á cerrarse
La casa tornó.

Tildose en el pueblo
De estraña aprension
Del viejo un retiro
Tan nuevo: y echó
Por muchos caminos
La murmuracion,

Mas de ellos la causa
Ninguno esplicó.

Y asi pasó en tal misterio
Del verano la estacion,
Y un templo alzado al silencio
El palacio semejó:
De toda amistad antigua
Y de toda relacion
Con las gentes del lugar
El viejo se retiró.
Solo salian al templo
Con la aurora el viejo y Flor
Y segun al encontrarlos
Algun curioso notó
Iba el viejo como nunca
Con torba fáz, é iba Flor
Tan pálida y melancólica
Como si en su corazon
Llevara un grande pesar,
O la mano del Señor
De una enfermedad la hubiera
Cargado con la afliccion.

CAPITULO VII.

Flor-del-Alba.

Pasaron los ardientes
Calores del verano:
Del álamo las hojas
Amarillean yá.
Las eras están limpias
Y recogido el grano
La fruta sazonada
Para cogerse está.

De la fecunda viña
Entre las anchas hojas
Crecidos los racimos
Empiezan á pintar:
Las ubas de los negros
Empiezan á ser rojas:

Los blancos trasparencia
Comienzan á tomar.

Se acerca la vendimia.
De todos los lugares
Anuncian los peritos
Que llegan á sazon.
Los cuébanos se aprestan,
Se limpian los lagares,
Se ajustan los obreros
Que llegan en monton.

Que al suelo castellano
Para vendimia y siega,
En bandas numerosas
Buscándose jornal;
De Asturias y Galicia
La muchedumbre llega,
Dejando de sus riscos
El áspero herial.

El ruido y movimiento
Su turba forastera
Con danzas y cantares
Aumenta por dó quier;
Y en tanto que los dias
De su trabajo espera
Se apresta á las de afanes
Con horas de placer.

¡Oh cuán alegre tiempo!
No hay época mas grata
Al corazon sencillo
Del franco labrador:
Ni oyeron cortesanos
Tan dulce serenata
Como el lejano acento
Del buen vendimiador.

¡Qué hermoso el campo entonces!
¡Cuál brilla en armonía
El verde de los campos
Con el celeste azul!
Las noches son serenas
Y el resplandor del dia
Parece que se templa
Con transparente tul.

El aire atravesando
Por la feraz campiña
Cubierta de verdura
A los sentidos trae
El fresco y deleitoso
Perfume de la viña,
Y la hoja que temprana
Del álamo se cae.

No tiene aura mas pura
Vivífica y salubre

De las primeras flores
La mágica estacion:
Que la que trae setiembre
Y espira con octubre
De sus airados vientos
Entre el rugiente son.

Este es el tiempo bello
Fecundo en poesia
Y pródigo en deleites,
Del génio inspirador.
Sus auras son cargadas
De aromas y armonia,
El soplo con que al mundo
Anima el criador.

Sí, sí: la brisa fresca
Fugaz, murmuradora,
Que arranca en el setiembre
La postrimera flor:
La ráfaga es que anima
La llama creadora,
Que en nuestras almas puso
La mano del señor.

Sí, siempre fué el otoño
Mi dulce primavera,
De poesía y flores
Mi pródiga estacion:

Y aspiro yo con ánsia
Su ráfaga postrera,
Y en ella es donde bebo
Mi nueva inspiracion.

Sí, ven, brisa de otoño,
Y aunque tus roncas alas
El arboleda yermen
Que cobijó un eden,
Aunque en zarzales tornes
De mi vergel las galas,
¡Oh brisa de setiembre
Consoladora, ven!

Ven á templar el fuego
Del abrasado estío,
Ven á mi lira muda
Cantares á inspirar.
Ven á rasgar las nieblas
Do al pensamiento mio,
El perezoso agosto
Sepulta á mi pesar.

Ven, ven: pues si tu soplo
Los árboles despoja
De un opulento y verde
Y ameno pabellon,
Tambien es cierto, ¡oh brisa!
Que en pos de cada hoja,

Arrancas un instante
De pena al corazon.

Yo siempre te he querido;
Constante y confiado
Hete aguardado siempre
Con invariable fé:
Mil veces por tu vuelta
Con ánsia he suspirado,
¡Oh brisa de setiembre
Jamás te olvidaré.

Ven; ya para gozarte
Se esplayan mis sentidos;
Mis lábios entreabiertos
Para aspirarte están:
Atentos se preparan
A oirte mis oidos,
Y aguarda que le orées
Mi rostro con afan.

¡Oh cuánto me embelesa
Tu desigual murmullo,
Y cuanto me enamora
Tu vagabunda voz!
¡Cuán dulces pensamientos
Alhagan con tu arrullo,
Mi mente cual tú vaga
Y como tú veloz.

Mis ojos te imaginan
En medio el remolino
Que de agostadas hojas
Y polvo desigual,
Elevas revoltosa
En medio del camino
En tosca y momentánea
Y rápida espiral.

Ya juzgo que te veo
Entre la blanca tropa
De fadas y de silfos
Que van en tu redor;
Las orlas arrastrando
De tu flotante ropa,
Y aun percibir sospecho
Tu cuerpo sin color.

Ya pienso que graciosa,
Versátil, hechicera,
Vestida de una nube
Como tu ser sutil,
Cabalgas en el viento,
Emanacion ligera,
De la frescura antigua
Del bosque y del pensil.

¡Oh cuánto me embelesa
De los torcidos troncos

Mirar de una alameda
Que á desnudarse vá;
Huir una tras otra
Entre suspiros roncos
Las resonantes hojas
Descoloridas ya!

El rio que susurra,
Bajo las verdes cañas;
El aura que se aduerme
Entre una y otra flor;
El sonoroso arroyo
Que corre entre espadañas,
No igualan tus rumores
Con su gentil rumor.

En ese incomparable
Monótono lamento
Con que despide el árbol
Sus hojas, que se van;
Con que llorando implora
La compasion del viento
Que al paso le deshoja
Sin comprender su afan:

Acaso no halla el vulgo
Mas que el rumor penoso
Del aire y de las hojas
Que arrastra en pos de sí:

Mas sus compases vanos,
Lenguaje misterioso,
Palabras escondidas
Contienen para mí.

Sí, brisa, en tus murmullos
Y en tus errantes giros
Entre las secas ramas
Alcanzo á comprender;
De espíritus ocultos
La voz y los suspiros,
Con que á mi ser responde
Su misterioso ser.

No son las mentirosas
Efímeras visiones
Que en ti la fantasía
Poética fingió:
No son las ilusorias
Sublimes creaciones
En que inspirada aborta
La poesía, no.

Espíritus son esos
Con pensamiento y vida,
¡Oh brisa! porque siento
Sobre tus alas ir;
Los plácidos recuerdos
De la niñez perdida,

Las bellas esperanzas
Del tardo porvenir.

Tú tiendes á mis ojos
Cual vasto panorama
Cuanto mi ser espera
Cuanto en mi ser pasó:
Delante de mis ojos
Tu aliento desparrama
Los íntimos deleites
En que me embriago yo.

Las auras olorosas
Del lujurioso mayo,
Mi espíritu adormecen,
Enervan mi valor.
Mi pensamiento embarga
Letárgico desmayo,
Y ¡ ay necio del que entonces
Recuerde al trovador!

Del sol de julio el fuego
Inspira solamente
Al moro que dormita
Tendido en el harém:
Y acaso allá de América
La perezosa gente,
Tranquila en sus hamacas
Le gozará tambien.

Mas yo no cuento nunca
Por horas de mi vida
Las horas del estéril
Estío asolador:
A mi comienza el año
Con mi estacion querida:
Yo vivo cuando mueren
El arbol y la flor.

Yo cuento solamente
Por horas de mi vida
Las en que siento ¡oh brisa!
Sobre tus alas ir;
Los plácidos recuerdos
De la niñez perdida,
Las bellas esperanzas
Del tardo porvenir.

Tú solo eres, otoño,
Mi tiempo verdadero,
Mi edad, mi primavera,
Mi inspiracion, mi Edém:
Envidia tengo entonces
De Pindaro y de Homero...
¡Ven brisa de setiembre,
Para mi gloria, ven!

¿Mas dónde me arrebata
Mi loca fantasía?

¿Adonde vá buscando
Belleza y poesia
Perdida de los vientos
Sobre la azul region,
Cuando la misma brisa
Me llevará delante
Del dulce y melancólico
Poético semblante
De Flor que la respira
Con vaga distraccion?

Del muro solitario
Abierta la ventana
De amor y de hermosura
Como ilusion ufana,
Su suave y espresivo
Contorno deja ver:
Y allí desde la altura
La distraida niña,
Aspira el aromado
Vapor de la campiña,
Que con las brisas viene
Sus rizos á mecer.

La sien sobre su diestra
Reclina, que doblada
Mantiene su cabeza
Bellísima inclinada,
Con espresion tranquila

VAL.º
SEVERINI.

De dulce languidez:
Y embebecida en vagos
O tristes pensamientos,
Está en uno de aquellos
Pacíficos momentos
En que reposa el cuerpo
Y el ánimo á la vez.

En una de esas horas
De indefinible calma,
En que tristeza dulce
Nos adormece el alma,
Y plácidos recuerdos
Fermenta el corazon:
En una de esas horas
De insomnio y poesia
Cuyo beleño blando
En su aura nos envia
Tan solo del otoño
La mágica estacion.

Sonrisa melancólica
Sus lábios hermosea;
Con sus flotantes rizos
El aura juguetea,
Lasciva acariciando
Su rostro juvenil.
Mas nubla la tristeza
Sus ojos de paloma

Y á sus mejillas puras
La palidez asoma,
Sus rosas marchitando
Con tintas de marfil.

Tal vez pesar secreto
Su corazon abrume:
Tal vez alimentada
Sin tiempo la consume
Efímera esperanza,
Recuerdo engañador.
Mas niña que en sus bellos
Abriles apetece
La soledad, y llora
Medita y palidece,
El mal que la atormenta
No es mas que mal de amor.

La tez de Flor-del-Alba
Amor es quien marchita,
Amor es el impulso
Que á contemplar la incita.
El campo ilimitado
Del hondo porvenir:
Medita y ambos ojos
Por la herial campiña,
Llorando sus enojos
Tiende la pobre niña;
Vése acuitada y huérfana
Y ansía por morir.

CAPITULO VIII. [1]

I.

Un año despues.

En una estrecha y oscura
Y torcida callejuela,
De la coronada villa
Por dó Manzanares lleva
Su corriente tortuosa
Tan pudibunda y modesta,
Que mas que el agua del rio
Se vé del fondo la arena:
En una calle dijimos
Por lo estrecho, callejuela,
Y mas oscura y torcida
Que el laberinto de Creta,

(1) Aquí entra lo que ha escrito en este cuento el señor García de Quevedo.

Hay una casa de pobre,
Aunque muy limpia apariencia,
Que parece de artesanos
Acomodada vivienda;
Mas la gente que la habita,
Tal vez por causas secretas,
Al trato con sus vecinos
Con tanto teson se niega,
Que las comadres del barrio
Aun las mas duchas y arteras,
Que á descifrar un enigma
Al diablo se las apuestan,
Averiguar no han podido
Qué gentes serán aquellas,
Y eso que há ya mas de un año
Que á fijarse allí vinieran.
Un viejo son y una jóven
Segun los curiosos piensan
Del andar y la apostura
De los dos, cuando á la Iglesia
Parroquial, por las mañanas
A misa van; mas no aciertan
A descubrir ni su clase,
Ni sus medios de existencia,
Ni sus rostros, que embozado
El en una capa negra,
Y ella en manto muy cumplido
El talle y la cara envuelta,
Jamás vislumbrar dejaron

Mas que un ojo y media ceja:
—Y esto es lo que á las comadres
Mas enfada y desespera.—
Y ensartando á troche y moche
Mil conjeturas diversas,
Hay quien supone al anciano
Personage de gran cuenta,
Que disfrazado se encubre
La ley temiendo severa,
De algun horrendo delito
Por evitar la sentencia.
Quién dice que es un avaro
Recien venido de América
Que oculta inmensos tesoros
Bajo hipócrita pobreza;
Y no falta quien de espía
Acusándole, asevera,
Que fué un tiempo muy su amigo
Allá en la córte de Viena:
Y aquí es de escuchar el coro
De las maldicientes viejas,
Que en los dos desconocidos
Su impotente saña ceban;
Y ensalzando al rey Felipe
Hasta la azulada esfera,
Juran con ardiente rabia
Contra la gente tudesca.
Mas las opiniones todas
En una cosa concuerdan;

Y es que al dejar al anciano
Por su joven compañera,
Todos suponen á una
Que debe de ser muy fea,
Y pues que vá tan tapada,
Al menos bisoja ó tuerta.
Juicio comun de los hombres
Que creen que les hace ofensa
Quien oculta propias cuitas
De indiferencias agenas,
Y vengan culpas soñadas
Con calumnias verdaderas.

II.

El encuentro.

Desempedrando la calle
En una andadora yegua
Que del Betis cristalino
Nació en la verde ribera;
Cuando el moribundo rayo
Del sol se vislumbra apenas,
En los estremos remates
De las mas altas veletas;
El Dios marte en la apostura,
Si de bondad no tuviera
Clara espresion amorosa
Su pálida faz morena:

A trote largo vá un mozo
De veinte y ocho años á treinta:
Y al desusado ruido
Que al chocar sobre las piedras,
Producen las herraduras
De la trotadora yegua,
Acuden á sus balcones
En ruidosa competencia,
Hombres mugeres y ancianos
Y chiquillos y mozuelas.
Mas no mira el pasagero
Que causa gran estrañeza
En el apartado barrio
Su noble y marcial presencia;
Y en pensamientos profundos
Sumida el alma, las riendas
Sobre las trenzadas crines
Al aire flotando sueltas
Va cruzando, cual si el sino
Dirigiese su carrera,
Estatua ecuestre animada,
Por la circunstante escena.
Mas al pasar por delante
De la misteriosa puerta
De aquella casa que escita
Curiosidad tan intensa,
A una esclamacion gozosa
Que pronunció una voz tierna,
Lleno de asombro el viandante

Alzó la noble cabeza;
Y mientras con diestra mano
El brioso animal refrena,
Las espesas celosias
Por atravesar se esfuerza,
Con miradas que un abismo
De indómito amor revelan.
Entreabrióse la ventana,
Y mas hermosa que estrella
Que al triste náufrago anuncia
El fin de horrible tormenta;
Mas plácida que la luna
Cuya blanda luz riéla
Sobre las olas de un lago
En noche clara y serena;
Mas bella que la esperanza
Y como la dicha bella,
Asomóse un breve instante
Una mujer; la sorpresa
Embargó la voz del mozo
Un punto, mas luego: «¡Es ella!»
Esclamó:—la celosia
Cayó; mas una ligera
Señal de la hermosa jóven,
En su sencillez compleja
Dijo al mancebo: «no tardes
En volver que aquí te esperan.»
Y en el lenguage espresivo
De su mirada resuelta

Contestola él: « No haré falta. »
Y clavando ambas espuelas
En los lucientes hijares
De la trotadora yegua,
Va por la calle torcida
Corriendo á toda carrera.

III.

La cita.

Cubre la tierra y los aires
De temerosa pavura,
La tétrica soberana
De las tinieblas profundas.

Entre apiñados celages
Que con su sombra la enlutan
Y sin una sola estrella
Que clara á su lado luzca;

Fanal pálido y sin brillo,
Cual la llama moribunda
De distantísimo faro,
Sigue su curso la luna.

Duerme tranquilo el magnate
Sobre su lecho de plumas;
Y en su mal jergon el pobre
Acaso en sueños se burla

Del cansancio y la fatiga
Del frío y del hambre ruda,
Y al despertar ¡infelice!
Le aguardan nuevas angustias.

Todo duerme ó todo calla,
Y ni una mosca nocturna
Viene á turbar con su vuelo
Aquella calma profunda:

Cuando á deshora, embozado,
Por la callejuela oscura,
Sube un hombre, con pisadas
Que á duras penas se escuchan.

Mas de aquella misteriosa
Casa, al llegar á la altura,
Paróse la sombra viva
En actitud de quien busca;

Y luego, cual si en las hondas
Tinieblas que lo circundan
Mirar pudiesen sus ojos,
Y librarle de sus dudas;

Desembozóse, apoyando
Contra la pared vetusta
Los hombros, mientras las manos
Con suma destreza pulsan

Una española vihuela;
Y con voz de gran dulzura,
Tal de la noche callada
El hondo silencio turba:

«Flor-del-Alba, encantadora,
Que escedes en hermosura
La del dia;
Oye, del alma señora,
El canto de mi amargura
Y agonia.

Despierta, señora mia,
Oye el acento angustiado
De mi queja;
O muerto me hallará el dia,
Contra los hierros clavado
De tu reja;

Despierta, mi bien...» Y el canto
Del enamorado espira;
Que en lo oscuro,
Con crudo, celoso espanto,
Moverse otra sombra mira
Junto al muro.

Y arrojando el instrumento,
Y requiriendo la espada
Decidido;
Vá mas ligero que el viento

Contra a sombra callada,
Sin ruido.

—¿Quién vá? ¿quién es él? ¿qué busc
Pregunta la voz sonora
Del amante;
—Pregunta es esa muy chusca,
Señor don Pedro; en mal hora
Vuestra errante

Estrella os trajo á mi nido,
Que yo dia y noche velo
Mi tesoro.
Y cuidad que no descuido
Y sostendré contra el cielo
Su decoro!

—Su padre sereis, sin duda,
Y á tal nombre mi corage
Me abandona:
Por eso mi lengua muda
No responde á vuestro ultrage...
—Quien blasona

Como vos, de bien nacido,
De valiente y generoso,
no asi artero
Del enemigo dormido...
—Sellad el labio injurioso
Caballero!

Si entre las sombras oísteis
Cantar sentidas endechas
A mi amor,
Nunca acusarme debísteis,
Ni herirme así con sospechas
De traidor.

Solo vos teneis la culpa
Deste arrojo temerario
Que os aíra:
Sirva á mi alma de disculpa
Este volcan incendiario
En que espira.

Fiel amaré hasta la muerte
A Flor-del-Alba, os lo juro
Por mi nombre;
Que nada puede la suerte
Contra el amor firme y puro
De tal hombre!

—¿Os jactais de caballero,
Y asi labrais el desdoro
De una dama
Sin averiguar primero,
Cual cumple á vuestro decoro,
Si ella os ama?

¡Oh don Pedro! sois muy mozo,
Mas yo á vuestra edad tenia

Mas prudencia :
Y os declaro sin rebozo....
—¡Perdonad al alma mia
Su impaciencia!

¡ Oidme solo un instante ,
Y os dolereis es seguro
De mi amor!
—Bien : y de aquí en adelante
Me obedecereis?—Lo juro
Por mi honor!

—«Venid pues » gritó el anciano ,
Y de una linterna oculta
Haciendo lucir los rayos
Que las tinieblas alumbran :

Abrió la ferrada puerta
De la mezquina casucha ,
Y al portal angosto entraron
Dejando las hojas juntas,

Detrás Tellez y él delante ,
Como dos sombras confusas,
Quedando la callejuela
Muda como antes y á oscuras.

CAPITULO IX.

I.

Esperanzas.

Como el cansado náufrago
Que en tempestad bravía,
Lucha en las olas túrbidas
Cercano á la agonia;
Y la impotente mano
Esfuerza el triste en vano,
Mas que rendido trémulo
De susto y de pavor;
Mas si de pronto fúlgida,
De próxima ribera,
Brilla una luz, el ánimo
Recobra que perdiera,
Y el brazo ya rendido

Al mar tiende atrevido
Nadando en curso rápido
Al faro salvador:

Tal en el hondo piélago
Del mar de nuestra vida,
Cuando del mal la indómita
Tormenta embravecida,
Ruge con furia insana
Contra la raza humana,
Fluctúa el hombre, férvido
Ansiando por morir.
Mas si á deshora límpida
Cual la naciente aurora,
Surge de pronto al mísero,
Del bien anunciadora,
Iris de eterna alianza,
La plácida esperanza;
Con nuevo brío esfuérzase
El triste por vivir!

Sin tí dulce esperanza, compañera
Del hombre, en este mundo engañador,
¡Cuán poca la virtud, cuan poco fuera
El génio, á sostener nuestro valor!

Tú eres el don mas alto que del cielo
La mano del criador hizo al mortal;

Todo perece en nuestro triste suelo,
Todo, menos tu influjo celestial.

Hija de Dios, de su bondad esencia
Eres blanda como él, como él divina;
Del sumo maniantal de su clemencia
Brotaste pura fuente cristalina.

Bálsamo del dolor inconsolable,
Brisa refrigerante en la agonía,
Eres al poderoso y miserable
Lo que á los campos es la luz del dia.

La luz que alumbra, el fuego fecundante
En el cual la creacion enardecida,
Se ostenta fuerte, hermosa y rozagante
Llena de gracia y juventud y vida.

Contigo, alma esperanza, el mar del mundo
Animosos surcamos los mortales;
Que crudo no hay dolor, ni mal profundo
Dó viven tus consuelos celestiales.

Y en el abismo del dolor eterno
Mansion del torbo arcángel maldecido,
Si penetráras tú, no hubiera infierno;
Que solo es infeliz quien te ha perdido!

II.

Esplicaciones

De la pequeña linterna
A la luz incierta y pálida,
Van entrambos caballeros,
Tellez detrás, delante Alba.
Y atravesando el oscuro
Corredor y la empinada
Escalera suben ambos
Sin hablar ni una palabra;
Que cuando los pensamientos
Se enseñorean del alma,
Como mas se siente entonces
Menos entonces se habla.
Al fin el viejo una puerta
Abrió, y en estrecha sala,
De muebles y colgaduras
Bastante pobres ornada
Entraron; y en una silla
Dejando el viejo la capa,
Y ofreciendo á Tellez otra,
Con dura y triste mirada:
—«Ahora bien, don Pedro, dijo,
»Ya escucho vuestras palabras.»
El joven, con gran mesura,
Aunque en voz robusta y clara,
Empezó de esta manera:

—«Cuando estuve en vuestra casa
»De Villaldemiro, os dije,
»Segun creo, por qué causa
»Iba huyendo decidido,
»De amigos, familia y patria;
»Seis meses hará que aquella
»Dama de régia prosapia,
»Que mi padre, mas amante
»Que cuerdo, me destinaba:
»Casó con un archiduque
»De la corte de Alemania;
»Y el mismo tiempo ha que os busco
»Por los ámbitos de España.
»Anteayer volví á la corte
»Llena de dolor el alma,
»Y al borde, por Dios os juro,
»De una accion desesperada;
»Cuando esta tarde, por dicha,
»Descubrí en una ventana
»De esta casa al bien que adoro,
»A mi amor, á Flor-del-Alba!
»No querais, pues, ser mas duro
»Que la suerte: á nuestras ansias
»Os rendid!»
—¿Quién... Yo, don Pedro,
»Cometer la accion bastarda,
»De unir á sangre enemiga
»La sangre de mis entrañas?
»Mal me conocísteis, joven;

»Nunca perdonan los Albas!
»Y antes prefiero ver muerta
»A mi Flor idolatrada,
»Que consentir! duro oprobio!
»En que se unan nuestras razas.»
—«Pero señor!»
—«Nada escucho!»
—«Pensad...»
—«Pienso que fué harto
»Mi bondad. ¿Quereis que olvide
»Tanta sangre derramada?....»
—«Se derramó en buena guerra»
—«La fortuna hereditaria
»De mi Flor, que vuestros deudos...»
—«Os la devuelven intacta.»
—«¿Cómo?»
—«Mirad estas letras;
»Para vos fueron selladas,
»Y detrás de vos corrieron
»Conmigo, por toda España:
»En ellas, el rey Felipe
»Quinto, os devuelve su gracia,
»Vuestros títulos y honores,
»Vuestras haciendas y casas:
»Mi padre y yo esto pedimos
»Para vos, al buen monarca;
»Ved si consentis ahora
»En mi union con....»
—«Flor-del-Alba!

»Gritó gozoso el anciano.
»Flor, Flor!..... Ven aquí, muchacha,
»Despierta y vístete presto,
»Que gran sorpresa te aguarda!
»Sois todo un hombre Don Pedro!
»Flor-del-Alba! Flor-del-Alba!»

III.

Felicidad.

Bello es el ástro rey del claro dia,
Bellísima su luz fecundizante;
Bella es la reina de la noche umbria
Con su pálida luz, su brillo amante:
Pero mas bella aun, mas seductora,
Es la muger que el corazon adora!

Bello es el césped del ameno prado,
Bellas son del pensil las gayas flores,
Y el campo de la nieve, nacarado,
Y del iris los fúlgidos colores;
Mas mil veces mas bella, mas querida,
Es la muger amor de nuestra vida!

Dulce es oir sonando en la espesura
Del céfiro la voz, como un gemido,
Y el arrullo en que pinta su ternura
La cariñosa tórtola en su nido,

Y el murmurio apacible de las fuentes,
Y el lejano mugir de los torrentes:

Y el rumor de las olas que golpean
La embarcacion que en calma vá indecisa
Cuando las lonas cándidas flamean
Al blando soplo de espirante brisa;
Mientras allá en la popa el marinero
Alza al cielo su canto lastimero.

Y el canto de los tiernos ruiseñores,
Y el confuso balar de los ganados,
Y la voz de espertísimos cantores
Al compás de instrumentos acordados;
Y las primeras voces de cariño
Que trémulo pronuncia el tierno niño:

Y el cantar que compone mil cantares
Confuso, inesplicable en su armonia,
Que la tierra y los vientos y los mares,
Alzan al creador al fin del dia....
Pero mas dulce aun, mas acordada,
Nos es la voz de la muger amada.

Grato al altivo corazon del hombre
Es ganar por sí mismos fama y gloria;
Muy grato es escribir su propio nombre
En el eterno libro de la historia;
Grato es nacer en elevada cuna,
Gratos son el poder y la fortuna:

Gratísimo es salvar á un fiel amigo
Que á nosotros clamó en su mal andanza;
Y aun mas grato humillar á un enemigo,
Que inmenso es el placer de la venganza;
Pero es mas grata aun y apetecida
La posesion de la muger querida!

¡Amor, amor del alma inmaculado,
Raudal copioso, en la virtud fecundo,
Don del omnipotente, el mas preciado,
Sumo poder, generador del mundo!
¡Cuán feliz quien de tí no desespera
A la mitad de la vital carrera!

Tú solo siembras de olorosas flores
El áspero sendero de la vida:
Al que sostienes tú, ¿qué los rigores
Son de varia fortuna, maldecida,
Si basta á guarecerle el seno amante
De la muger, en su favor constante?

IV.

A las voces del anciano
Acudió Flor, presurosa,
Y al ver á Tellez, el alma
De placer llena y zozobra,
Quedóse estática, muda,
Entre risueña y llorosa.

Turbado tambien Don Pedro
Al ver la muger que adora,
Presentarse ante su vista
Mucho mas que antes hermosa,
Allá entre dientes balbucia
De politica una fórmula;
Hasta que el viejo, impulsando
Suavemente á su hija absorta,
Dijo al dichoso mancebo:
—«¡ Y bien! ¡ abraza á tu esposa!»
Y las dos almas amantes,
Que el placer casi acongoja,
Creyendo un sueño su dicha,
A un tiempo rien y lloran:
Sus alientos se confunden,
Sus lábios casi se tocan,
Mientras que el prudente viejo
Conociendo que incomoda,
Vuelto á las pobres paredes,
En sordo y ciego se torna.
—«¡Ay Tellez!»....
—«¿Por qué suspiras?»
—«Aquella mansion dichosa
»En que por la vez primera
»Te ví...
—«Qué?»
—«No es nuestra ahora.»
—«Por qué?»...
—«Vendióla mi padre»..

—«Mas la compró otra persona.
»¿Quieres volver?
—«Si es agena»....
—«¿Y si esa razon no importa?»
—«¿Cómo así?»
—«Porque es de un dueño
»Que con el alma te adora!»
—«Qué? el castillo?»
—«Y sus terrenos
»Son tu regalo de boda.»
—«¿Iremos allá?»
—«Muy presto.»
—«Cuando?»
—«A la próxima aurora!»

CONCLUSION.

Serena, embalsamada, fresca y pura,
Es del florido abril una mañana;
El padre Sol de la celeste altura
Con magestad esplende soberana:
Y el aura que se queja en la espesura,
Y de avecillas mil turba galana
Que pia blandamente entre las flores,
Celebran la estacion de los amores.

¡Salve, tres veces salve, primavera,
Estacion del amor, yo te saludo!
¡Cuánto! ¡ay! por tí esperando desespera,
El méndigo infelice que desnudo
Juzga eterna del tiempo la carrera,
En los rigores del invierno crudo;

Y á tu dulce calor vuelve á la vida,
Y el duro padecer acaso olvida.

Tú vistes con tu manto de verdura
El monte y la llanura, el bosque y prado,
Devuelves al arroyo su tersura,
Al céfiro su aliento embalsamado;
Tú en nuestro corazon de la ternura
Vivificas el fuego ya apagado;
Que al presentarse mi estacion querida
Vuelve el mundo al amor, vuelve á la vida!

Yo te saludo, sí; mi humilde acento
Se pierde en la vastísima armonia,
Que alzan la tierra, el mar y el vago viento
Cuando destierra el sol la noche umbria:
¡Cuán grato es escuchar aquel concento
Que al espirar del moribundo dia,
Alza á su Dios la creacion entera,
Grata por tí, mi gaya primavera!

Todo tiene una voz: el bruto, el ave,
Las ramas y las flores y el capullo;
Mugen del mar las olas en voz grave,
La fuente en placidísimo murmullo:
Allá en las lonas de la inquieta nave
Espira de la brisa el blando arrullo,
Y al cielo azul en múltiple sonido
Del canto univesal sube el rüido.

Era de abril florido una mañana
Serena, embalsamada, fresca y pura,
Y entre fajas de azul y de oro y grana
Brillaba el padre Sol en el altura:
La clara fuente que entre guijas mana
De una verde enramada en la espesura,
De guija en guija alegre va saltando
Grato frescor á la campiña dando.

Y luego serpeando se estravia
Por tortuosa y áspera vereda,
Volviendo á aparecer só la sombria,
Copuda y amenísima alameda
Que hácia un palacio fastuoso guia
Semi-oculto en la fértil arboleda,
Y cuya planta el bosque asi domina
Como el roble á la fragil clavellina.

Y encerrado en un marco de esmeralda
No lejos del espléndido castillo,
De un empinado cerro, en la ancha falda,
Se mira un pintoresco pueblecillo:
Y en la cima del cerro, y á la espalda
Del pueblo, contrastando en lo sencillo
Con el solar altivo castellano,
Pobre se mira alzar, templo cristiano.

Modesto, pero limpio: — en la blancura
De sus tapias, imagen muy sencilla

De aquella religion sublime y pura
Que predicó el cordero sin mancilla:
En cambiantes vivísimos fulgura
El sol vivificante de Castilla,
Proyectando en los árboles añosos
Que le cercan, mil discos luminosos.

El cerro y la llanura, cuanto abarca
La vista en derredor, surge lozano
En la antes aridísima comarca
De aquel rincon del suelo castellano:
Llano y monte y castillo la honda marca
Llevan de alguna poderosa mano
Que mostrárseles quiso protectora,
De su antiguo esplendor restauradora.

En torno del castillo, en mil cañadas
Murmuran las corrientes cristalinas,
Que corrian en túrbidas quebradas
Há poco: — rubicundas clavellinas,
Pálidas azucenas nacaradas,
Renúnculos y rosas purpurinas,
Cercan en derredor las mansas fuentes
Mirándose en sus linfas transparentes.

Por bajo los espesos emparrados,
Y á la sombra de amenos bosquecillos
De mirtos olorosos y granados,
Gorgean mil pintados pajarillos:

Triscan sobre la yerba de los prados
Balando los inquietos cabritillos,
Mientras tendido en la esmaltada alfombra
Los vigila el pastor allá en la sombra.....

Y allá del cuadro en el fondo
El castillo se dibuja,
Cerrando la perspectiva
Con su imponente estructura.

De su puerta, cuyas hojas
Hasta entonce estaban juntas,
Enlazadas de las manos
Salen hasta dos figuras.

Un galan son y una dama,
Esta de rara hermosura;
De aquel la morena faz
Benigna á un tiempo y adusta.

Revela un pecho animoso
Y un alma toda ternura;
Y en su talle compitiendo
Van fuerza y gracia confusas.

¡Cuán hermosa es Flor-del-Alba!
Cuán estrema es la apostura
Del enamorado esposo!
¡Cuánta de ambos la ventura!

Andando van, y ni miran
Las flores, ni el canto escuchan
De las trinadoras aves,
Que suena entre la espesura.

Uno al otro se contemplan
Con atencion tan profunda,
Que al mirarlos se diria
Que son dos almas en una.

Apoya Flor en el cuello
De Tellez la diminuta
Mano, mientras él rodea
Con el brazo su cintura.

Humedecidos los ojos,
No con lágrimas de angustia,
Sino con el dulce llanto
Del amor y la ternura.

Y sus lábios se sonrien
Y por besarse se buscan,
Y ella se embriaga en su amor,
Y él se embriaga en su hermosura.

Mientras que allá entre la sombra,
La faz del anciano oculta,
Al contemplar tanta dicha
De gozo se desarruga.

Y en tanto el sol prosiguiendo
Vá en su carrera fecunda,
Al través de una mañana
De abril, aromosa y pura.

FIN.

JIMENEZ
VALÓ

EL DUENDE

DE VALLADOLID.

EL

DUENDE DE VALLADOLID.

(Tradicion yucateca.)

ESCRITA

POR DON ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

MADRID.--1850.

IMPRENTA DEL SEMANARIO É ILUSTRACION,
Á CARGO DE D. G. ALHAMBRA.

ROMANCE I.

En mil quinientos sesenta,
Poco menos, poco mas,
Pisó Francisco de Vargas
Las playas de Yucatán.
A Valladolid pasó,
Disponiéndose á tomar
Posesion de una encomienda
Que le dió Su Magestad.
Y para que le conozcan
Mis lectores, este tal
Es un mancebo cumplido
Tan bizarro como audáz;
Andaluz de los tremendos:
De estos que con el mirar
No dejan el sol á oscuras
Por desidia ó caridad.
Gran rascador de vihuela,

Y no reconoce igual
En los sabrosos cantares
Y en la gracia del danzar.
Ojos severos y ardientes
Tiene, y resalta en su faz
Ancho y torcido bigote
Mas negro que el alquitran.
nclinado á la milicia,
Ganoso de pelear,
En Flandes pasó diez años,
Los mejores de su edad.
Allí, con notable esfuerzo,
Bizarro como el que mas,
Ganó, vertiendo su sangre,
La banda de capitan.
Soldado de aquellos tercios
Que supieron conquistar
En esos tiempos de gloria
Tanto laurel inmortal,
Y que mas tarde pusieron
Con valerosa lealtad
A los pies del leon de España
Las Quinas de Portugal,
Era Vargas respetado
En la guerra y en la paz,
Y el coco de los valientes,
Que buscaban su amistad.
Cortés y bizarro á un tiempo,
Afable y osado al par,

De flamencas y alemanas
Era el encanto y solaz.
Si era el mozo enamorado,
El decirlo esta demás,
Que no indican tales prendas
Corazon de pedernal;
Y nació en aquel dichoso
Paraiso, en que la edad
De la infancia se desliza
Entre ilusiones, fugaz,
Y donde envuelto entre ráfagas
De rosas y de azahar,
Respira el céfiro amores
En primavera eternal.
Asi que, no bien llegado
A la villa, aquel rapaz
Cieguezuelo le robó
El alma, y la voluntad.
Juanita, la hermosa hija
Del noble Pedro Guzman,
Supo con una mirada
Esta conquista acabar.
Es la niña peregrina!
No es mas esbelto ni mas
Gracioso el tronco flexible
De la palma tropical.
Sus ojos son dos luceros
De radiante claridad
Que abrasan los corazones

Con su reflejo vivaz.
Limpio, anacarado cutis,
Que no es mas terso el cristal,
A su rostro portentoso
Divinos encantos dá.
En perfumadas madejas
Sus rizos cayendo ván
Sobre un cuello, que los cisnes
La pudieran envidiar.
Tal es la graciosa niña
Hija de Pedro Guzman:
Sol de la villa la nombran,
Y reina de la beldad.
Asi, cuando sale á misa
A la iglesia parroquial,
Va robando corazones
Por donde quiera que vá.
Pero no sin propio daño
Prendió el de nuestro galan,
Que ella tambien quedó herida
Perdiendo su libertad.
Tal mozo, bien merecia
El cariño de hembra tal:
La suerte los puso enfrente,
Y amor hizo lo demas.
Por eso todas las noches
Dando muestras de su afan,
El no abandona la calle,
Y ella en su ventana está.

II.

Pero en vano ambos amantes,
En sus esperanzas locas,
Sus deseos alimentan
De ilusiones engañosas.
En vano turbando el aire
Con mil canciones sonoras,
Pinta Vargas á Juanita
Sus mal sufridas congojas.
La niña calla, y sus penas
En el corazon ahoga,
Bebiendo las tiernas lágrimas
Que de los ojos la brotan.
Mal haya el tirano padre
Que de tal pasion se enoja,
Y la riñe porque vela
En la ventana á deshora!
¿Y por qué si es tierna jóven,
Y su corazon no es roca,
Y están diciendo sus ojos
Que no nació para monja?
Mas no es otra la razon,
Sino que Pedro ambiciona
Un enlace para Juana,
Que á su gusto se acomoda.
Con Alvaro Osorio, hombre
Viejo asaz, de cara torva,

Avinagrado carácter
Y catadura espantosa,
Arregladas tiene Pedro
De nuestra niña las bodas,
Por que diz que el novio es rico,
Y lo demás es bambolla.
Maldito metal! maldito
Mil veces quien lo ambiciona,
A prècio de su conciencia,
O de su ventura á costa!
Maldita razon del oro
Que tantas dichas estorba,
Y por la cual mi Juanita
Penosa lágrima llora!
Mas no por eso se arredra;
Que ha jurado, si no logra
Su amor, buscar en un cláustro
La calma que ya no goza;
O al menos, si esto le niega
Su fortuna rigorosa,
Que no han de ser para Osorio
Los encantos que atesora.
Por mas que Pedro amenaza,
Y el nombre de padre invoca,
Ella permanece firme
Como piedra entre las ondas;
Que no es padre quien asi
Su voluntad aprisiona,
Entregándola en los brazos

Del viejo amante á quien odia.
Y fuera en verdad un crímen
Que aquella cándida rosa
Rica de vida y perfumes,
Que descuella sobre todas,
Vendida y sacrificada
De su existencia en la aurora,
Morir viera de sus gracias
La pura, espléndida pompa!
Que llorara en el encierro
De su mansion en mal hora,
Encantos desvanecidos
De una imaginada gloria:
Que viera á cada momento
De la noche entre las sombras,
Como el claro sol, la imágen
Que alma y vida le roba,
Y que hubiese de enjugar
Las lágrimas que rebosan
De sus ojos. Pobre niña!
Primero el cláustro te acoja!
A tanto llegó la saña
Del padre, á tanto la cólera,
Que á Vargas amenazó
Porque la calle le ronda;
Y armado de luenga espada,
De arcabuz y de pistolas,
Pasaba noches enteras
A la puerta, de custodia.

Con eso logró por fin
Ver la calle otra vez sola,
Sin que turbasen su calma
Cantinelas amorosas.
¿Perdió Vargas su esperanza?
¿Tal vez con alma traidora
Ha olvidado á la Juanita
Como ha olvidado á mil otras?
¿Tuvo miedo al arcabuz
De Pedro? Cuestiones hondas
Son, que resolverse pueden
Cuando se acabe mi historia.
Lo cierto es que á pocas noches
Se oyó en la calle á deshora
Rumor triste y espantoso
Que alarmó la villa toda.
Ayes, tremenda alharaca,
Gemidos y voces roncas
Por todas partes se escuchan,
Con que el barrio se alborota.
Cien raquíticos candiles
A las ventanas asoman,
Y mas de trescientas caras
Espantadas y medrosas.
¿Pero qué ven? un fantasma
Tremendo, de horribles formas,
De colosal estatura
Y ancha cabeza pelona.
Jamás, jamás sobre el lienzo

Trazára el pincel de Goya
Tan horrible catadura,
Vision tan aterradora.
Sus ojos como luciérnagas
Relumbran con luz fosfórica,
Profundamente escondidos
En las descarnadas órbitas.
Sus flacas piernas, cual cañas,
Flexiblemente se doblan,
Y las altas azoteas
Sus manos á veces tocan.
Al ver tan fiero espectáculo
¿Qué valiente no se asombra?
¿Qué niña no se desmaya?
¿Qué vieja no se alborota?
Asi fué, pues se cerraron
Luego las ventanas todas,
Y asustados los vecinos
Corrieron á las alcobas.

III.

Asi fueron transcurriendo
Un mes y otro mes y otro,
Siendo la villa teatro
De escándalo tan insólito.
No bien la hora de la queda
Como señal de reposo,
De la lúgubre campana

Marcaba el tañido ronco,
Cuando las calles cruzando
El alto y horrible mónstruo,
Turbaba el tranquilo sueño
Del vecindario medroso.
Luenga cadena arrastraba,
Lanzando del pecho cóncavo
Ahullidos é imprecaciones,
Suspiros, quejas y votos.
Ora semeja un lamento
Triste, doliente, amoroso,
Que entre el silencio vibrando
Llega al corazon, sonoro;
Ora remeda el feroz
Rugido de hambriento lobo,
O del buho solitario
El graznido melancólico.
Pero cuando acaso llega
A las ventanas de Osorio,
La luengua cadena arrastra
Con desusado alboroto.
Puertas y rejas sacude,
Y con acento diabólico,
Ya por su nombre le llama,
Ya le denuesta furioso.
Y sin respeto á los años
Que goza, que no son pocos,
Las ventanas le golpea
Con peladillas de á folio.

Signos coloca en su puerta
De horrible y fatal pronóstico
Para el miserable viejo
Con presunciones de mozo;
Y pulsando una vihuela,
(Que el duende era filarmónico),
Cantaba estas seguidillas
Con triste y pausado tono.

«Alvaro, no te cases
Con niña hermosa,
Que es prueba, aun para mozos,
Muy peligrosa:
Si á ello te inclinas,
Cuenta que en vez de flores
No halles espinas.

Ejemplo es Juan Chamorro
De lo que digo,
Y su cara costilla
No es mal testigo:
Odios eternos
Produjo su bodorrio
Palos y.....»

Perdone el lector benévolo
Si, cronista fiel, espongo
La exactitud de los hechos
Sin melindres ni rebozo.

Si fué calumnia del duende,
No sé, ni de ello respondo;
Pero hubo gran zurribanda
En casa de Juan Chamorro;
Y aun diz que llegando el punto
A escándalo de divorcio,
Quedó reputado el duende
Por brujo de tomo y lomo.
Es lo cierto que cansados
De bullas y trampantojos,
Resolvieron los vecinos
Poner á estos males coto.
Hubo junta á que asistieron
Los mancebos mas briosos,
El cura y el boticario
Y los alcaldes de voto.
Propusiéronse mil medios;
Mas desecháronse todos,
Por desatinados unos,
Por impracticables otros.
Hubo confusion horrenda,
Gritos, horribles propósitos,
Y aun diz que á alguna razon
Sirvió un trancazo de apoyo,
En fin; por zambra y paliza
Iba á acabar el negocio,
Segun iban ya cruzándose
Las pullas y los apodos,
A no remediarlo el cura

Que con acento estentóreo
Llamó al orden, con que fueron
Calmándose los furiosos;
Y con voz alta y solemne
Ofreció al concurso atónito,
En un soberbio discurso,
Notable por el exordio,
En aquella misma noche
Remedio poner á todo;
Y aun dijo que buscaria
Al duende de solo á solo.
Admirado y confundido
Escuchóle el auditorio,
Dudando que consiguiera
De tamaña empresa el logro.
Y era de admirar, por cierto,
Aquel valor asombroso
Que centellando brillaba
Del viejo cura en los ojos.
Oh! cuando tantos mancebos
De crudo semblante torvo
Su torpe miedo mostraban
En la palidez del rostro,
El solo allí consultando
Su corazon animoso,
Pensó acabar esta empresa
Contra el astuto demonio.
Oh insigne varon! la historia,
En sus páginas de oro,

Tu ilustre y preclaro nombre
Hará á los siglos famoso.
Oh noble Tomás Lersundi,
Tan valiente como docto!
Tu memoria y remembranza
Volarán de polo á polo!
Qué valen, pues, á tu lado
Los héroes que el mundo loco
Ensalza sobre cadáveres,
Y entroniza sobre escombros?
¡Nada! con razon te admiran
Tus feligreses, y en coro
Pregonan tus alabanzas
Sin ocultar su sonrojo.
Todos la palma te ceden;
Mas no te la envidian todos,
Que no falta quien murmure
De tu victoria dudoso.
Llega por fin la tremenda
Noche, y con su manto lóbrego
Envuelve plazas y calles
En misterio tenebroso.
Se oye la lenta campana,
Y á la par se oyen de pronto
Cien puertas que se aseguran
Con aldabas y cerrojos.
Solo el cura no ha temblado:
Antes sacudiendo el ocio,
Prepárase á la contienda

Palpitando de alborozo;
Y echándose á la salud
Del espíritu, dos sorbos,
(Segun unos, de agua pura,
Aunque hay quien diz si era mosto),
Abalanzóse á la calle,
Llevando bajo el embozo
Las armas con que ya espera
Vencer al trasgo diabólico.
Y no lleva luenga espada,
Ni daga, ni alfanje corvo,
Que para tales contiendas
Tales medios fueran pocos:
Mas lleva fé y esperanza
En el corazon brioso,
Y ademas va prevenido
Del ritüal y el hisopo.

IV.

En silencio está la villa:
Triste y lóbrega es la noche.
Que envuelta en negros celajes
La tibia luna se esconde.
Dormido el viento parece,
Y del cerrado horizonte
Rasgan el oscuro seno
Fugaces exhalaciones.
La atmósfera encapotada,

Permite apenas que asomen
De algun errante lucero
Los trémulos resplandores.
Solo el silencio interrumpen,
Con lento y sonoro toque
Las postreras campanadas
Que dá el reloj de la torre.
A intervalos se desprende
De los negros nubarrones
Leve lluvia que en su seno
Sedienta la tierra absorbe,
Y entre ráfagas de fuego,
Que ardientes la descomponen,
De sus calientes entrañas
Brota en húmedos vapores.
Es este el solemne instante
En que el corazon del hombre
Con pavorosa tristeza
En sí mismo se recoge.
Hora en que al mezquino cuerpo
El alma se sobrepone,
Y de la materia inerte
La frágil corteza rompe,
O bien en los lazos presa
De negras supersticiones,
Se repliega amedrentada
Dentro de su cárcel torpe.
Dichoso aquel que arrullado
De mágicas ilusiones,

Con blando reposo duerme
Sin penas que le devoren!
Mas ¿quién dormirá en la villa
Oyendo el rumor discorde
Con que ya turba el silencio
El torvo duende disforme?
¿Quién dormirá, si no tiene
Hecho el corazon de bronce,
Cuando á tan grandes peligros
El cura su vida espone?
Pero ¡ay, su afan es en vano!
En vano el buen sacerdote
Con indomable constancia
Plazas y calles recorre;
Que el fantasma, temeroso,
Ante sus pasos veloces
Huyendo se desvanece
O en las tinieblas se esconde.
Y Tomás, por todas partes
Su hisopo blandiendo, corre,
Bañando en agua bendita
Puertas y guarda-cantones;
Y asi caminando, á vueltas
De uno y otro *Pater Noster*,
Apostrófale irritado
Con esta y otras razones:
Lánzate al abismo, lánzate,
Negro espíritu!—*Ipse vobis*
Imperat...—Huye maligno!

Vade retro!—Qui per mortem
Suam vos, principem vestrum
Mortemque devicit...—¿Me oyes.
Maldito?—*Et ligavit atque*
Eterne gehenne...—Responde,
Perro!—*Mancipavit ignibus.*
—¡Se hace flamenco!—*Ipse vobis*
Imperat...—¿No tengo frio?
¿Se habrá declarado norte?
¡Valor!—*Qui inferno spoliato...*
¡Jun! ¡jun! — *Surrexit á mortuis.*
¿Mas si es miedo por ventura?
¡San Ruperto, san Onofre!
Y así pasó largas horas,
Hasta que ya en los relojes
Oyó, con ardiente júbilo,
Sonar completas las doce.
¡Abatido está el maligno!
¿Qué mucho, pues, que rebose
El corazon del buen viejo
Latiendo de orgullo noble?
Enagenado y triunfante
Hácia su morada corre;
Abre las puertas y.... quédase
Helado, confuso, inmóvil!
¡Oh! nunca, nunca creyera
Escándalo tan enorme,
A no atestiguarlo unánimes
La tradicion y los códices.

Y es el caso que Lersundi
Sobre la mesa encontróse
De su acostumbrada cena
Los resíduos, en desórden:
Envueltos halla entre estiércol
Los vizcochos y alfajores,
Y por el suelo vertida
La *jícara* (1) del *posole* (2).
En vez del Jerez balsámico,
La turbia limeta esconde
Un licor que... no lo digo:
Perdónenme mis lectores (3).
Al ver tan fiero espectáculo
El dolor le sobrecoge,
Que resistir no ha podido
La crudeza de este golpe.
De sus ojos espantados

(1) *Fruto del jícaro, arbol silvestre en Yucatán. Produce con tal abundancia, que fructifica hasta en el tronco y en las raices salientes. La jícara es del todo esférica, teniendo las mayores cerca de un pié de diámetro: la corteza es muy sólida, como de línea y media de espesor. Se asierra por la mitad cuando ha sazonado perfectamente, y se cuece en agua para que se desprenda toda la parte interior que guarda la simiente. Estas medias esferas se destinan á varios usos, y hacen especialmente el servicio de nuestras tazas: son muy blancas, limpias y de gran duracion, encontrando en ellas un gran recurso la clase indígena y proletaria por lo insignificante de su precio.*

(2) *Bebida comun y necesaria á los indios. Se hace de maiz, cocido primeramente en legía de cal, y despues en agua pura hasta que revienta el grano. Se tritura groseramente entre dos piedras, y siempre que la masa deba guardarse por algunos dias, se la carga de sal, evitando de este modo que la fermentacion sea muy activa. Para usarla se disuelve en agua clara, y se suele endulzar con azúcar y miel de abejas.*

(3) *El Dr. D. Pedro Sanchez de Aguilar, en su* Informe contra idolorum cultores *que publicó en Madrid en 1639, dice que el cura «halló en la fuente mucho estiércol de su viuda, y la limeta llena de orines añejos.» Son palabras testuales.*

Brotaron dos lagrimones.
Y, al fin, en su pobre lecho
Sin ánimo desplomóse.

V.

Bienes y males son breves,
Verdad que no admite duda,
Tamaña como diez puños,
Y vieja, mas no caduca.
Todo tiene fin: ya nadie
La paz de la villa turba:
Ya del maligno cesaron
Las incursiones nocturnas.
Nada interrumpe el silencio
De la triste noche oscura,
Y los vecinos reposan
Con tranquilidad profunda.
¿Acaso el duende, aterrado
Por el valor del buen cura,
En los antros del infierno
Con su vergüenza se oculta?
¿O qué poder sobrehumano
Del torpe espíritu triunfa,
Si del valiente Lersundi
Inútil fué la bravura?
Fué el caso, segun se afirma,
Que el clero adoptó por suya
La causa, y juró vengar

Del pobre Tomás la injuria.
Citóse al punto á cabildo,
Y salió de la consulta
Buscar un santo abogado
Y solicitar su ayuda.
Mas hubo tal discordancia
En la eleccion, que por mútua
Aquiescencia, se dejó
El negocio á la ventura.
Encerráronse las cédulas
En la misteriosa urna,
Y un monago rapazuelo
Sacó de entre todas una.
San Clemente Papa fué
El agraciado, aunque juzgan
Autores que hubo cohecho;
Mas no falta quien lo impugna.
Ello es lo cierto, que el santo,
Sin oposicion ninguna,
Fué aclamado por el pueblo
Con repiques y aleluya.
Y fué eficaz el remedio:
Ya no hay miedo que interrumpan
El reposo de la villa,
Demonios, trasgos ni brujas.
Por esta razon se guarda
En una antigua pintura
La memoria del milagro,
Cuya fama perpetúa.

El santo papa está en pié,
Y á aquel padre de la culpa
Atado tiene á sus plantas,
Odio respirando y furia.
Del templo de san Francisco
Aun hoy el retablo ocupa,
Y tan propio está el rebelde,
Que solo el mirarlo asusta.
Mas ya te oigo, lector mio,
Que curioso me preguntas
Si de mi Juana han cesado
Las amorosas angustias.
Tal vez de su adversa suerte
Compadecido te ocupas,
Y culpando mi abandono
De inconsecuencia me acusas.
Plugiera á Dios que así fuese,
Y que, aunque tosca y difusa,
De esta verdadera historia
Guardases memoria alguna.
Respira, lector: Juanita
No ha encerrado en la clausura
Del convento, los hechizos
Con que seduce y deslumbra.
Tampoco del viejo Osorio
El ciego amor la atribula;
Que Pedro Guzman, al cabo,
A su pretension renuncia.
Mas cuál el motivo fué

De semejante conducta?
Trastornaron al buen padre
De Juana las garatusas?
¿Es cierto que el mismo dia
Que conoció su locura
Y habló á Vargas, se acabaron
Del duende las travesuras?
Es cierto; y con tal motivo
Mil opiniones circulan,
Muy problemáticas todas,
Pero fundada, ninguna.
La verdad del caso, nadie
La sabe, aunque la presuma;
Porque todo ello no pasa
De chismes y congeturas.
Piensa tú lo que te agrade,
Lector; mas si fué ó no astucia
De Vargas, es lo seguro
Que se salió con la suya.
Llegó el venturoso dia
En que de tanta amargura
Logre el premio, sin que nadie
Sus ilusiones destruya.
Del zaguan del noble Pedro
Con dignidad y mesura
Sale ya la comitiva,
Que toda la calle inunda.
Amigos los mas de Pedro
Son, viejos de cara enjuta,

Venerables calvas grandes,
Redondas como la luna.
Y va el desdichado Osorio,
Y en su faz lúgubre y mustia
Lleva el dolor retratado....
Respetemos su locura.
Basquiña de chamelote
Lleva la novia, con puntas
De albo y primoroso encaje,
Mas liviano que la espuma.
Va la niña hecha un portento,
Peregrina como nunca,
Toda perlas y caireles,
Toda encantos y hermosura.
Lágrimas de ardiente gozo
Sus claros ojos anublan,
Y el amor y la vergüenza
Tiñen su frente de púrpura.
Por donde quiera que pasa
Mil bendiciones escucha
Que sus mejillas encienden,
Aunque el corazon la adulan.
Vargas, radiante de gozo
Y respirando ventura,
Vá á su lado, y de su amada
La ardiente mirada busca.
Calado lleva el sombrero,
Todo erizado de plumas;
Almidonada valona,

Rico gaban de gamuza.
Y su luenga espada lleva
Con arrogante apostura,
Colgada en la roja banda
Que el ancho pecho le cruza.
Precede á la comitiva
Ronca y discordante música
De stuches (1) y sacatanes (2),
De tunkules (3) y tortugas (4).
Detrás de los novios siguen
Los convidados en turba:
Detrás de los convidados,
Los muchachos y la chusma.
Llegan por fin á la iglesia,

(1) *Instrumento músico de los indígenas. Se hace de una* jícara *pequeña y entera, despojada de toda la sustancia interior. Por el agugero por donde se ha estraido ésta, que se hace en el lugar de pezon, se introducen algunos pequeños guijarros, tapando despues el agugero con el estremo de un palo corto y labrado, que le sirve de mango. El movimiento de los guijarros dentro de la* jícara *forma el sonido sordo y monótono de este instrumento.*

(2) *Especie de caja de guerra, con la diferencia de ser mas larga que las nuestras, y de no tener mas que un parche. Se toca con las palmas de las manos. Llámase tambien* sacatán *un baile grotesco de una ó dos personas cuando mas, que se ejecuta al son de este instrumento con esclusion de cualquiera otro. Ignórase si el baile ha dado su nombre al instrumento, ó al contrario.*

(3) *Si se ha de juzgar por el nombre de este instrumento, debe ereerse que fué inventado por los indios para solemnizar sus fiestas religiosas.* Tan-kul, *que era su nombre primitivo, quiere decir* delante del templo *ó* se está adorando. *Se hace de un trozo de madera sólida y hueca, de figura cilíndrica, con dos hendiduras que corren á lo largo del cilindro, y una transversal cortando por mitad de aquellas, de suerte que las tres forman una H prolongada. El* tunkul *no es otra cosa que dos teclas encontradas y firmes, que se hacen sonar por medio de dos baquetas encasquilladas de hule ó goma elástica.*

(4) *Es el carapacho entero de este crustáceo, que pendiente de un hilo sujeto con la mano izquierda, se hiere con la derecha por medio de un asta de ciervo con golpes suaves y pausados. En lengua maya se llama* thoroch-ac, *voz compuesta de una onomatópica, que es* thoroch, *imitacion del sonido que forma el instrumento, y del sustantivo* ac, *que significa tortuga ó galápago.*

Donde la nupcial coyunda
Vá á anudar el fuerte lazo
Que solo rompe la tumba.
Estasiados de alborozo,
Con las diestras manos juntas,
Delante del sacerdote
Constancia eterna se juran.
¡Sí! con varonil acento
Francisco Vargas pronuncia:
¡Sí! reprimiendo su gozo,
Turbada Juana murmura.
Dios los haga bien casados,
Sin que jamás se destruya
Esa ilusion engañosa
Que los encanta y deslumbra.

Conclusion.

Despues de la ceremonia
Empezó la baraunda:
Hubo arroz y gallo muerto;
Corrió el licor de la uva.
Mas como todo es preciso
Que en este mundo concluya,
Se dispersó por la noche
La concurrencia importuna.
Pedro saludó á los novios:
Juanita quedó confusa,
Y nuestro Vargas... —¡Hay hombres
Con insolente fortuna!

FIN.

LBJL'25

Deacidified using the Bookkeeper process
Neutralizing agent: Magnesium Oxide
Treatment Date: August 2008

PreservationTechnologies
A WORLD LEADER IN COLLECTIONS PRESERVATIO
111 Thomson Park Drive
Cranberry Township, PA 16066
(724) 779-2111

LIBRARY OF CONGRESS
0 023 841 604 8